

Rei
5



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Letras Clásicas

PENSAMIENTOS POLITICOS Y MORALES
EN DEMOSTENES

TESINA

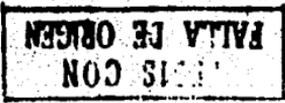
Que para optar el título de
LICENCIADO EN LETRAS CLASICAS
presenta

Pedro Zamorano Vega



México, D. F.

1989





UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SITUACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LA ÉPOCA

CAPÍTULO PRIMERO

VIDA Y OBRA DE DEMÓSTENES

1. Datos biográficos	5
2. Catálogo de las obras	13
3. División de las obras	14
3.1 Políticas	
3.2 Civiles	
4. Técnicas utilizadas en los discursos	16
4.1 Recursos psicológicos	
4.2 Recursos lógicos	
4.3 Otros recursos	

CAPÍTULO SEGUNDO

DEMÓSTENES Y SU TIEMPO

1. Antecedentes históricos	22
2. Historia contemporánea a Demóstenes	23
3. El ocaso de la polis	26
3.1 Decadencia cultural	
3.2 Grupos sociales del siglo IV	
3.3 La ekklesia (asamblea general)	

- 3.4 Obligaciones de los ciudadanos
- 3.5 La unidad de los griegos
- 3.6 Fin de la ciudad griega

CAPÍTULO TERCERO

ANTECEDENTES Y TRASCENDENCIA DE DEMÓSTENES

- 1. Retórica y Sofística 40
- 2. La figura de Demóstenes 53

SEGUNDA PARTE

EL CONTENIDO EN LOS DISCURSOS DE DEMÓSTENES

CAPÍTULO PRIMERO

LOS IDEALES PARA EL MUNDO GRIEGO

- 1. Aspecto moralizador 61
 - 1.1 Temas morales
 - 1.2 Los vicios
- 2. Aspecto político-religioso 79
 - 2.1 Las leyes
 - 2.2 El suicidio
 - 2.3 La religión
 - 2.4 La fortuna o destino

CAPÍTULO SEGUNDO

REFLEJO Y RECREACIÓN DE LA POLÍTICA ATENIENSE

1. La democracia	91
2. La unidad griega	98
3. El pasado glorioso de Atenas	102
4. La política exterior y la unificación final	105

CAPÍTULO TERCERO

ANÁLISIS DE LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DE DEMÓSTENES

1. El logógrafo	115
2. El "agitador"	116
2.1 Primera fase	
2.2 Segunda fase	
2.3 Tercera fase	
3. El nacionalista	121
4. El educador del pueblo	125
5. Trascendencia del pensamiento político de Demóstenes	127
BIBLIOGRAFÍA	129

PRÓLOGO

La presente investigación tiene por objeto ofrecer una modesta y limitada solución al conflicto suscitado, tanto por autores de la antigüedad, como por los modernos, sobre el pensamiento de Demóstenes, pensamiento que no se puede definir sin antes ver los diversos elementos formativos del estadista, a través de su vida.

Los eruditos han tratado a Demóstenes con el prejuicio de algún partido, y concluyen por verlo como al idealista que hay que atacar o alabar. No es la posición aquí seguida, donde sólo se trata de entenderlo.

El método histórico me sirvió para comprender su situación, ya que para lograrlo se hace necesario trasladarse a su época.

De ninguna manera se trata de absolver o condenar la trayectoria de Demóstenes. Únicamente se pretende situarlo en el ámbito propio. Tampoco se pretende elaborar una biografía, sino una exposición constructiva y comprensiva del orador y de su mundo.

La técnica seguida fue la siguiente: el estudio de todos los datos biográficos posibles, la observación de diversas opiniones para tratar de obtener una opinión personal, o bien, destacar algún matiz fundamentado.

¿Por qué Demóstenes?

Porque Demóstenes representa la lucha por la supervivencia de la democracia, la que al sucumbir, origina un retroceso en la evolución de la humanidad, retroceso que alcanza su clímax con el "obscurantismo", en la Edad Media -siglos V al XV- de nuestra era. En Grecia, la democracia perece en el siglo IV a.C., como resultado de la derrota ateniense y sus aliados en Queronea en el año 338. Sin embargo, la cultura helenística avanza como un torrente y todo lo avasalla por aquella región, en donde entraron las falanges macedónicas, las cuales van forjando poco a poco el imperio soñado por Filipo y consumado por Alejandro Magno. Por lo tanto, tenemos a tres hombres decisivos en la cultura occidental, nuestra cultura: Demóstenes, el baluarte, el símbolo del nacionalismo; Filipo, el hombre para el que no hubo obstáculos en la consecución de sus deseos y Alejandro Magno, el genio político y militar, quien impulsó y extendió toda la cultura griega, pero sin tomar en consideración su democracia, y dejando al esclavo en una situación más deprimente, pues los atenienses ya se cuestionaban la necesidad del esclavo.

¿Cuál es el objetivo del presente trabajo?

Demostrar que Demóstenes era un hombre tradicionalista y conservador (utilizando nuestro código) al inicio de su carrera como orador, que buscaba su propia gloria valiéndose de las

circunstancias; pero que, a medida que avanzaba el imperio monárquico de Filipo y Alejandro, no sólo ve el peligro que esto representaba para Atenas, sino para toda su cultura, sobre todo para la democracia, sinónimo de libertad. Muere luchando por su ideal, es decir, su patria, Atenas.

A continuación se expone el desarrollo y la estructura de este trabajo, que se divide en dos partes:

La primera, analiza la época en que vivió Demóstenes, con el fin de poder discernir la situación político-social y cultural en la que se desarrolló; así, esta primera parte se subdivide en tres capítulos: A) "Vida y obra de Demóstenes", tomando como principal fuente de información la obra de Plutarco, *Vidas Paralelas, Demóstenes-Cicerón*; B) "Demóstenes y su tiempo", cuya principal fuente de información es Gustavo Glotz, *La ciudad griega*; y por último, C) "Antecedentes y trascendencia de Demóstenes", para el que se consultaron varios autores.

En la segunda parte se estudia el pensamiento de Demóstenes. Para ello, se han consultado sus propias obras. Esta parte también está subdividida en tres capítulos: A) "Los ideales para el mundo griego", que trata de explicar el QUÉ (el contenido) de su pensamiento; en el siguiente capítulo, B) "Reflejo y recreación de la política ateniense", que es una secuencia del capítulo anterior; el tercero y último capítulo, C) "Análisis de la evolución política de Demóstenes", contiene

una conclusión personal sobre el pensamiento de Demóstenes, que completa el presente trabajo con una visión sobre la enigmática personalidad de nuestro autor. Al menos éste fue el propósito.

No se siguió un orden riguroso al exponer las virtudes y los vicios de sus conciudadanos; darle prioridad a alguno o alguna en especial, no conllevaría una secuencia dada por el propio autor, quien hace mención de ellos o de ellas, según las circunstancias se lo exigen.

Cuando analizamos un tema especial a través de sus discursos, lo hacemos en orden cronológico; cuando no sucede así, se debe al hecho de que no aparecen los temas tratados en todos los discursos.

Hasta donde fue posible, la exposición de Demóstenes fue genética; esto es, el pensamiento del autor se expuso cronológicamente y atendiendo a su origen o génesis.

Las partes temáticas se alimentan con los textos del mismo Demóstenes; no así las partes históricas.

Tratamos de entender a Demóstenes mismo, como Demóstenes se entendería a sí mismo. Nuestro trabajo quisiera ser un llamado a la reflexión sobre este importantísimo momento histórico del pensamiento griego.

PRIMERA PARTE

SITUACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LA ÉPOCA

CAPÍTULO PRIMERO

VIDA Y OBRA DE DEMÓSTENES

1. Datos biográficos

Su gran fama hizo que en la antigüedad diversos autores estudiaran tanto su vida como su obra. Los alejandrinos, aunque no se dedicaron a él, guardaron y conservaron sus discursos en las bibliotecas; Calímaco fue quien se encargó de catalogarlos.

Los principales autores que se ocuparon de él fueron: Dídimo, Dionisio de Halicarnaso (a quien se le debe, en parte, aunque dudosa, la cronología de sus discursos), Teopompo y Cecilio. Tenemos una biografía de nuestro personaje en la obra de Plutarco, *Vidas paralelas, Demóstenes y Cicerón*; sin embargo, esta obra no es muy objetiva, porque hace uso de anécdotas y expone puntos de vista de otros autores.

Encontramos comentarios sobre la vida y obra de nuestro personaje, en diversos autores de la antigüedad, y el mismo Demóstenes, en sus discursos, nos habla de pasajes de su propia vida y de su época; en la misma forma, en los discursos de sus contemporáneos, amigos y enemigos como Esquines, Hipórides y Dinarco, se encuentra abundante información sobre el tema.

Demóstenes, hijo de Demóstenes, del demos de Peania, nació en Atenas el año 384 a.C. y provenía, como los oradores Isócrates y Lisias, de una familia de ricos industriales. El nacimiento de Demóstenes y su niñez coinciden con el resurgimiento de Atenas, después de la desastrosa guerra del Peloponeso (1).

Su padre era el dueño de una fábrica de armas, así como de otras fuentes de ingreso. Existen versiones de que su madre era una escita de Crimea, llamada Cleóbula, pero esto no se puede asegurar, ya que como dice Plutarco, es probable que Esquines fuera el inventor de tal historia para desacreditar a Demóstenes (2). Por eso, sus enemigos despectivamente lo llamaban "el bárbaro" o "hijo de bárbaros".

A los siete años quedó huérfano, junto con su hermana, de cinco, con una buena fortuna; pero sus tutores, que eran dos sobrinos de su padre, Afobos y Demofón, además de un viejo amigo de la familia llamado Terápides, no se desempeñaron con honradez. Por lo tanto, el resultado fue que el pequeño Demóstenes no tuviera maestros que le enseñaran las disciplinas que convenían a un joven como él, y a esto hay que sumar la delicadeza física de su cuerpo (3).

Tal vez su inclinación por la oratoria nació, según Plutarco, cuando a escondidas presenció en la Asamblea la defensa que hizo Calístrato de la acusación que se le hacía por la

pérdida de la ciudad de Oropos (4). Quedó perplejo ante la maravillosa facilidad con que Calístrato manejaba la oratoria en su propia defensa.

En la época de su adolescencia, existían hombres como Trásibulo, Céfalo de Colito, Cabrias, Iffcrates, Timoteo y Calístrato, a quienes los unía un ideal; el resurgimiento de la antigua Atenas y el deseo de que volviera a su antiguo esplendor. Fueron ellos los que lograron la Segunda Conferencia y la Paz de Esparta en el año 371 a.C. (5).

La juventud la pasó recluido en su hogar. Por su aspecto físico, no pudo asistir a los gimnasios, y algunos autores afirman que su formación oratoria la hizo en forma autodidacta, no sin antes recurrir también a maestros como el logógrafo Iseo, quien era particularmente versado en casos de herencia. Estudió en los discursos forenses de Isócrates, recurrió a manuales inéditos de los maestros más conocidos y, ¿por qué no?, a Pericles, el cual seguramente se convirtió en su modelo (6). También fue un ferviente lector de las obras de Tucídides y de Platón, y estudió los fragmentos de la corriente sofística, sobre la cual estaba bastante enterado por los diferentes autores y por el propio Platón. Esta corriente y sus secuelas fueron determinantes en él, como veremos más adelante.

Según Plutarco, Demetrio Magnesio señalaba en su *Tratado de Sinónimos*, que Demóstenes se casó con una mujer de Samos (7).

Con grandes dificultades aprendió técnicas para la buena dicción y trató de corregir su innato tartamudeo. También buscó, por todos los medios, practicar la improvisación en los altercados. Su falta de dominio de este recurso le dio grandes problemas (8).

En los últimos veinticinco años del siglo V a.C., surgió una fuerte demanda de escritores de discursos, en especial de tipo forense. "Entonces, la nueva retórica y la ciencia jurídica se fundieron en una profesión enteramente nueva, en la que se combinaban las funciones del escritor, del profesor de elocución y del abogado" (9). Dicha demanda hizo nacer la profesión del logógrafo, o escritor de discursos para otros.

El logógrafo simulaba que él era el acusado y escribía su defensa o acusación, pero su nombre lo cambiaba por el del verdadero acusado, quien era el que pagaba sus servicios.

Warner Jaeger señala que, según Aristóteles, todavía en su época había bastantes manuscritos de las primeras obras logográficas de Demóstenes. Aunque ésta no era considerada una profesión elegante, sin embargo Demóstenes la practicó con entusiasmo, ya que de esta manera, en parte, logró resolver sus problemas económicos, junto con la impartición de lecciones de retórica a personas pudientes de su época (10).

Cuando llegó a ser mayor de edad, empezó a litigar contra sus tutores. Sabemos que su primer discurso, con fecha probable del año 364, lleva el nombre de *Contra Agobio I*. Como hubo

tergiversaciones y medios dilatorios en la resolución de esta causa, Demóstenes se vio obligado a entablar nuevos juicios y, por tanto, escribió otros discursos. Con todo, sólo pudo quitar a sus tutores una parte muy pequeña de los bienes paternos que por derecho le correspondían.

Como aún no había superado algunos defectos: cierta debilidad de voz, torpeza en la lengua y mal manejo de la respiración, sufrió algunas críticas crueles que lo desanimaron. Pero, motivado por el entusiasmo con que lo felicitaban algunos de sus amigos, hizo construir un estudio subterráneo donde se dedicó, por completo, a la enmienda de sus limitaciones. Cuenta Plutarco que Demóstenes se hacía cortar el pelo, para garantizar su encierro (11).

"Demóstenes, a los 22 años de edad, se encontró fracasado en lo económico, con la sobrecarga de su casa, sin profesión adquirida (fuera de sus ensayos del foro), y con diversos enemigos delante, entre los cuales estaba el poderoso Midias. Otro joven que no hubiera poseído las cualidades y la energía de Demóstenes, se habría doblegado, y probablemente se habría lanzado al suicidio, cosa no rara en aquellas sociedades que no veían metas más altas. Pero él comenzó de nuevo la reconstrucción. Los sucesos y los ensayos le habían aclarado el rumbo de su orientación: será para toda la vida, el hombre del foro y de la tribuna" (12). Esta afirmación de Ramírez Torres, juzga a Demóstenes a partir de concepciones modernas. Cabría preguntarse, ¿Cuántos griegos de la antigüedad se suicidaron jóvenes?. Nos queda la impresión de que el citado autor,

se inclina por una visión trágica de los primeros años de vida de nuestro personaje.

Resultan curiosas las conjeturas que formula Ramírez Torres en su libro *Demóstenes, vida y obra*, sobre el suicidio de nuestro autor: afirma que se trata de un estado depresivo, el cual aumenta o decrece según los acontecimientos. Agregáramos, por nuestra parte, que la conjetura puede ser válida, si tomamos en cuenta el punto de vista de la psicología moderna.

Aquí empieza, a los 22 años de edad, la etapa más importante de Demóstenes, con su exaltación patriótica frente al poder de Filipo de Macedonia. Plutarco critica a Teopompo, gran historiador al servicio de Filipo, porque sostenía que Demóstenes era inconstante tanto en los negocios, como con las personas; no podía permanecer largo tiempo en un mismo propósito (13). Sin embargo, en la realidad, adquirió fama y admiración en toda Grecia, obsequiado por el gran rey de Persia y tenido en consideración por Filipo y sus contrarios.

El pensamiento político de Demóstenes se manifiesta, en forma invariable, en sus discursos, pues no deja de incitar a los atenienses en contra de Filipo, Demóstenes trató de despertar la conciencia de sus conciudadanos sobre los peligros que corrían, en varios de sus discursos públicos, entre los que destacan las *Filípicas*, *Olintiacas*, *Por la Corona*, etcétera. Gracias a esos discursos, también puso en expectación a toda Grecia sobre el futuro, y se formaron ligas con *poleis* diversas, con eubeos, corintios, magarenses, leucadios, corci-

rensos, etcétera; pero sobre todo, logró la difícil alianza con Tebas. También, levantó un ejército, según Plutarco (14), de quince mil infantes y dos mil de caballería.

En la derrota de Queronea, en la que Filipo vence a casi toda Grecia, que había sido unificada por la idea de una defensa mutua contra un enemigo común, idea promovida por Demóstenes en sus discursos, se volvieron contra el orador sus antiguos enemigos, pero el pueblo continuó honrándolo y estimándolo (15).

La hija de Demóstenes, la única por cierto, muere siete días antes de que muriera Filipo (16). Pero, a pesar de eso, Demóstenes subleva otra vez a los atenienses y a las ciudades aliadas, y aun logró, en un intento desesperado, entablar relaciones con los generales del rey de Persia para combatir al joven Alejandro (17), quien invadió con un gran ejército a Beocia. Entonces decidieron enviar una embajada hacia donde estaba Alejandro, en la que iría Demóstenes (18). Pero, temerosos, como dice Plutarco, de despertar la ira de Alejandro, eligieron a Demades para que fuese en representación de todos y pudiera reconciliar a Atenas con Alejandro. La fama y el prestigio de Demóstenes se deterioró.

Después, se veía envuelto en el escándalo de Hárpalo, sátrapa de Persia, que luego de robar oro a Alejandro se refugió en Atenas. Al parecer, el sátrapa ofreció dinero a Demóstenes para emprender una campaña contra Alejandro. Por este

asunto, Demóstenes fue condenado a prisión, de la cual finalmente logró escapar.

A la muerte de Alejandro, se formaron dos partidos políticos en Atenas: uno a favor y el otro en contra de Macedonia. En este último, encontramos una tenaz resistencia contra lo macedónico, a tal grado, que se logra propagar a otras *poleis*; se envían embajadas con ese propósito a otras ciudades y, por supuesto, Demóstenes se ofrece para visitar varias de ellas e incitarlas contra Macedonia (19).

El trabajo ejercido por Demóstenes fue del agrado del pueblo. Se decretó la vuelta de Demóstenes. Todos salieron a recibirlo y le dieron las mayores muestras de aprecio.

El general Antípatro, uno de los herederos del trono de Alejandro, venció en la ciudad de Lamia, con gran esfuerzo, al ejército de Atenas y sus aliados que se habían reunido en dicho lugar para oponerse al vencedor macedónico. Antípatro amenazó con tomar Atenas, si no se le entregaba a los principales líderes de la rebelión. Demóstenes y sus principales simpatizantes fueron condenados a muerte, por lo que huyeron de Atenas (20).

Arquífilas, general de Antípatro, siguió a Demóstenes hasta la isla de Calauria, donde estaba refugiado en el templo de Neptuno. Allí, Demóstenes, para no caer vivo en manos de sus

enemigos, se dio muerte con una dosis de veneno que llevaba escondido en su estilo (21). En esto coinciden varios autores; sin embargo, nos faltan elementos históricos para sustentar una afirmación categórica sobre la muerte de nuestro autor.

2. Catálogo de las obras

El catálogo sigue un orden cronológico; para su elaboración, se tomó en cuenta la opinión de Rafael Ramírez Torres, quien a su vez consultó la obra de Dionisio de Halicarnaso. Sólo se consideran los discursos cuya autenticidad está fuera de duda.

	Fechas
1. <i>Contra Agobio I</i>	364
2. <i>Contra Agobio II</i>	364
3. <i>Contra Agobio III</i>	364
4. <i>Contra Unetor I</i>	362
5. <i>Contra Unetor II</i>	362
6. <i>Acerca de la Corona Trienárquica</i>	359
7. <i>Contra Espudia</i>	356 (?)
8. <i>Contra Conón</i>	356 (?)
9. <i>Contra Androción</i>	355
10. <i>Contra la ley de Leptines</i>	354
11. <i>Sobre las Simorlas</i>	354
12. <i>Contra Aristócrates</i>	352
13. <i>Contra Timócrates</i>	352
14. <i>En favor de los megalopolitanos</i>	352

	Fechas
15. <i>Filípica Primera</i>	351
16. <i>En favor de la Libertad de los rodios</i>	350
17. <i>Olíntlaca Primera</i>	349
18. <i>Olíntlaca Segunda</i>	349
19. <i>Olíntlaca Tercera</i>	349
20. <i>Sobre la organización de las finanzas</i>	349
21. <i>Contra Mídias</i>	349
22. <i>En favor de Formión</i>	349
23. <i>Contra Beoto</i>	348
24. <i>Contra Estéfano</i>	348
25. <i>Por la paz</i>	346
26. <i>Contra Panteneto</i>	346
27. <i>Contra Eubúlides</i>	346
28. <i>Contra Nausímaco y Xenopítes</i>	345
29. <i>Filípica Segunda</i>	344
30. <i>Sobre la Embajada infiel</i>	343
31. <i>Sobre los asuntos del Quersoneso</i>	341
32. <i>Filípica Tercera</i>	341
33. <i>Filípica Cuarta</i>	?
34. <i>Por la Corona</i>	330

3. División de las obras

Sus discursos se dividen en políticos y civiles:

3.1 Políticos

Bajo este rubro podemos citar, siguiendo un orden crono-

lógico, los siguientes: *Sobre las Simorlas*, *En favor de los megalopolitanos*, *En favor de la libertad de los rodios*, *Olintica Primera*, *Olintica Segunda*, *Olintica Tercera*, *Sobre la organización de las finanzas*, *Por la paz*, *Filípica Segunda*, *Sobre la embajada infiel*, *Sobre los asuntos del Quersoneso*, *Filípica Tercera*, *Filípica Cuarta* y *Por la corona*.

3.2 Civiles

De éstos, podemos mencionar los siguientes: *Contra Afobo I*, *Contra Afobo II*, *Contra Onetor I*, *Contra Onetor II*, *Acerca de la corona Triandrúica*, *Contra Espudía*, *Contra Conón*, *Contra la ley de Leptines*, *Contra Aristócratas*, *Contra Tímocrates*, *Contra Midias*, *En favor de Formión*, *Contra Beoto*, *Contra Estéfano*, *Contra Panteneto*, *Contra Eubúlides* y *Contra Nausímaco* y *Xenópites*.

Se duda de la autenticidad de algunos de sus discursos; por ello, algunos han sido eliminados del *Corpus Demosthenicum*, pues son atribuidos al autor Apolodoro, o bien son considerados apócrifos.

Los discursos de Demóstenes se pueden dividir en largos y breves, si tomamos en cuenta su extensión. Los breves tienen una y hasta tres ideas principales; que se repiten constantemente como una obsesión. Por ejemplo, encontramos frases de la apatía de los atenienses por las actividades políticas de

la *polis*, por tanto, el discurso *Sobre las Simoras*, plantea el problema de Asia contra Europa; *En favor de los megalopolitanos*, desenreda toda la complejidad del Peloponeso; *En favor de la libertad de los rodios*, abre la cuestión de la política que debe seguir Atenas al tratar con los antiguos miembros de la confederación.

En los discursos largos, como en las *Filípicas* y *Olímpicas*, también desarrolla una y hasta tres ideas principales, pero con una mayor argumentación y apelando a todos los recursos posibles de la oratoria y del convencimiento. En las *Filípicas* y *Olímpicas*, su tema principal es el siguiente: si no vamos a la guerra, ésta vendrá a nosotros y nos buscará en casa.

4. Técnicas utilizadas en los discursos

Demóstenes emplea diversos recursos para lograr mayor efectividad en sus oyentes; entre ellos, tenemos los recursos psicológicos, los lógicos y otros recursos. Se expondrán, en forma breve, algunos de éstos.

4.1 Recursos psicológicos

Aunque esto no es privativo de Demóstenes, ya que cualquier orador lo hacía, conviene ver, en sus discursos, cómo maneja estos recursos nuestro autor. Se recurre a la psicología

gfa, para mantener la atención de los oyentes, y de esa manera influir en ellos. Además, es un recurso que despierta los sentimientos, lo que servirá en el futuro a los propósitos del orador, "se impone, pues, ostentar un gran cambio y mutación en nuestro modo de proceder, contribuyendo, saliendo a combatir personalmente, procediendo en todo varonilmente, si todavía queréis que alguien os tome en cuenta. De modo que si en adelante anheláis proceder como digo, varones atenienses, no sólo verá Filipo que sus alianzas son débiles y los pueblos desconfiados, sino que se convencerá de que aun los asuntos internos suyos andan mal, lo mismo que los de su ejército" (Ocl. I, 13). Del mismo modo en: Fcl. I, 7; Ocl. I, 1; Ocl. III, 8, 20 y 23; Fcl. IV, 73.

También encontramos frases que están usadas en sus discursos para condicionar a las masas y poderlas manipular según sus propósitos: "Conviene, pues, que vosotros, varones atenienses, estimando los contratiempos de Filipo como oportunidades vuestras, pongáis todos sinceramente mano en los negocios, ya enviando embajadores a donde convenga, ya saliendo a combatir vosotros en persona, ya excitando además la cólera en todos los demás Estados; sin perder de vista que si Filipo lograra en contra nuestra una oportunidad semejante y la guerra se desatará aquí en nuestro país ¡en qué forma se echaría sobre nosotros y con qué rapidez! Por otra parte, ¿no os dá vergüenza de no atreveros a procurarle el mismo mal que él os haría si estuviera en su mano, y esto teniendo delante una ocasión tan oportuna?" (Ocl. I, 24); "Porque no vayáis a imaginaros, varones

atenienses, que los triunfos siguen a ese hombre como si fuera un inmortal; sino que hay quien lo aborrece y quien lo teme y quien lo envidia, aun de entre los que parecen ser sus más allegados" (*Fil.* I, 8); "Para que seamos señores de nosotros mismos" (*Fil.* I, 7); "¿Cuándo, pues, varones atenienses, cuándo cumpliréis con vuestro deber?" (*Fil.* I, 10); etcétera.

Este recurso o estilo de persuasión, tiene dos propósitos: ridiculizar a sus enemigos y aconsejar a sus compatriotas.

Encontramos en Demóstenes la forma de ridiculizar a sus enemigos en: *Cl.* III, 17; *Súm.*, 32; *Fil.* II, 10; *Fil.* III, 62; *Sobre el Quers.* 72; *Por la Paz.*, 66 y 267.

Ridiculizar a los enemigos, según Cicerón, era común en los oradores tanto griegos como latinos, pero no sabemos si dicho estilo, peculiar de los oradores, de lanzar contra sus adversarios diatribas, era exigido por la propia situación política. En verdad, Demóstenes siente un gran placer al lanzar injurias y calumnias contra el enemigo, sin perdonar la vida privada, ni la de los familiares. No se mide en el uso de calificativos de toda índole: "Y su manía de meterse en todo y los medios de acción que hacen fuerte y temible a este hombre despreciable" (*Méd.*, 137); o bien: "El que, tras de coger a un malvado arrogante, insolente, un nadie, hijo de nadie" (*Méd.*, 148). En la humillación de los enemigos se torna irónico: "¡Ese que hasta ahora vivía agachado a las puertas del

plátano esperando las sobras de los banquetes!" (Sobre la Emb. Ing. , 314).

Para no dejar sentir el peso de su palabra, como dictador, recurre al papel de un simple consejero, como en *Ol. III*, 13; *Fil. I*, 15; etcétera. En *Por la paz* 3, leemos: "Con todo, aunque las cosas vayan así, creo yo -y persuadido de ello me levanto para hablar- que si queréis en vez de alborotar y que-rellaros escucharme, como conviene que lo hagan quienes deliberan en bien de la ciudad y de sus más altos intereses, creo yo que aún se podrán decir y aconsejar medios con que mejorará la situación presente y se salvará lo perdido". Actitudes semejantes encontramos en: *Fil. I*, 51; *Ol. I*, 11, etcétera.

4.2 Recursos lógicos

Otro recurso que podríamos agregar al psicológico, es la contundencia de sus pensamientos. Un pensamiento claro e irrefutable hace más impacto en el control de las masas. He aquí un caso de raciocinio claro y contundente: "Pero ni siquiera debéis olvidar, varones atenienses, que en estos instantes todavía tenéis opción a escoger si acaso os conviene que peleéis allá en Olinto o que aquél venga a pelear aquí con vosotros. Porque si se sostienen los de Olinto, vosotros pelcaréis allá y devastaréis el país de Filipo, mientras que vosotros, sin temores algunos, disfrutaréis del vuestro, que os pertenece. Pero si Filipo se apodera de aquella región, ¿quién le impedirá llegar luego hasta acá?" (*Ol. I*, 25). Otros ejemplos los encontramos en: *Ol. I*, 7, 17; *Ol. II*, 2; *Ol. III*, 16, 30; *Fil. I*, 12, 47, 50, 51; *Fil. II*, 4, 21, etcétera.

4.3 Otros recursos

No es fácil descubrir la formación teórica de Demóstenes en sus discursos, pues no encontramos ni párrafos filosóficos, ni científicos.

Sin embargo, en su discurso *Sobre la Amb. Ing.*, 243, nos encontramos versos, supuestamente del propio autor:

"¡ La fama no es que parezca toda entera,
la fama que muchos hombres divulgan,
ella también es una divinidad!"

También en su discurso *Por la Cor.*, 267 leemos:

"¡ Llegó tras de haber abandonado la caverna infernal
de los muertos y las puertas de las sombras!
¡ Salud que yo, sin quererlo, anuncio males!"

Cabe señalar, empero, que en sus discursos no hay descripciones de la naturaleza: tampoco las hay de paisajes o bellezas naturales.

Son estas las carencias que observé, aunque de antemano, no es necesario que existan como recursos retóricos, en general, o como recursos propios de un determinado orador, en particular.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

- 1) Jaeger, Werner. *Demóstenes. La agonía de Grecia*, p. 15.
- 2) Plutarco. *Vidas paralelas, Demóstenes y Cicerón*, p. 11
- 3) *Ibid.*
- 4) *Ibid.*
- 5) Jaeger, Werner. *Op. cit.*, p. 31.
- 6) Plutarco. *Op. cit.*, p. 15.
- 7) *Op. cit.*, p. 18.
- 8) Jaeger, Werner. *Op. cit.*, p. 46.
- 9) *Op. Cit.*, p. 45.
- 10) *Op. cit.*, p. 48.
- 11) Plutarco. *Op. cit.*, p. 13.
- 12) Ramírez Torres, Rafael. *Demostenes. Vida y obra*, p. 66.
- 13) Plutarco. *Op. cit.*, p. 17.
- 14) *Op. cit.*, p. 19.
- 15) *Op. cit.*, p. 21.
- 16) *Op. cit.*, p. 22.
- 17) *Op. cit.*, p. 23.
- 18) *Ibid.*
- 19) *Op. cit.*, p. 26.
- 20) *Op. cit.*, p. 27.
- 21) *Ibid.*

CAPÍTULO SEGUNDO

DEMÓSTENES Y SU TIEMPO

1. Antecedentes históricos

La guerra del Peloponeso (434-431), que estremeció a todo el mundo griego, tuvo, entre otras causas, el poderío creciente de la *polis* griega, como lo afirman los autores de la antigüedad.

En el clímax del esplendor ateniense se encontraba Pericles, considerado por diversos autores como el máximo orador-estadista; pero en la actualidad, por falta de sus textos, no se ha podido ratificar o rectificar su prestigio. Lo que no le podemos negar, es su mérito como propiciador de la verdadera democracia ateniense que degeneraría, posteriormente, en un estado imperialista.

Atenas, junto con Corcira y sus respectivos aliados, se unió en un bloque político para enfrentarse a Esparta, Corinto y demás aliados; las causas, quejas y discordias mutuas. La guerra favoreció a Esparta, y Atenas entró en una grave crisis económica, debido a la cual lucharían posteriormente tanto los demócratas como los oligarcas.

Atenas empezó de nueva cuenta a luchar por su economía y, por supuesto, por la hegemonía; sin embargo, en el año 405,

sufrió la estruendosa derrota naval de Egospotamós, propiciada por los espartanos y sus aliados. Por estos años, también resulta significativo el paso del estratega ateniense Cimón, al servicio de Persia, para hostilizar a sus nuevos enemigos, sus compatriotas atenienses.

Se integró una coalición anti-espartana formada por Atenas, Corinto y Tebas. Después, Tebas, con su líder Epaminondas, obtendría una efímera hegemonía, que fue atenuada por una política de equilibrio, propiciada por Atenas.

Mientras tanto Persia, debilitada por luchas internas entre los sátrapas y el gran rey, trataba de ganar para su causa, aprovechando las luchas internas de todas estas *poleis* y ligas, mediante planes económicos y militares.

Tal es, en breve, la situación histórica de Atenas antes de que Demóstenes participara en la política griega.

2. Historia contemporánea a Demóstenes

En el año 355, el hombre más importante en la política de Atenas era Eubulo, pacifista que quería, en cierta medida, un acercamiento con el aún poco famoso Filipo II de Macedonia.

Filipo II, quien se inició como regente de Macedonia, nación mezclada con elementos ilirios, tracios y dorios, era una

persona que admiraba y ansiaba adentrarse en la cultura griega. En opinión de algunos autores, nunca se le hubiera ocurrido conquistar o destruir a Atenas.

En el año 359 a.C., Filipo llegó a ser rey de Macedonia a base de ingenio y tesón. Su sueño dorado fue la unificación de Grecia, junto con la cual emprendería una especie de guerra santa contra el enemigo número uno de todos los helenos, Persia, pues Macedonia era considerada, también, como pueblo heleno. Para ello, se apoderó en el año 357 de Anfipolis y Pidna; en el 356, de Potidea; y lo más importante, se apoderó de las minas de oro del Monte Pangeo, al norte de la actual Grecia. Con este oro sembraría, más adelante, tanto en el espacio como en el tiempo, las discordias entre las poleis griegas, para mantener la desunión y así poder conquistarlas.

Atenas se inquietó por la toma de Anfipolis, pero estaba tan débil económicamente, que no pudo prestar auxilio a sus habitantes.

Mientras que el orador Esquines afirmaba que Filipo era sincero y honesto, Demóstenes, con sus discursos, trataba de despertar al pueblo contra las ambiciones del macedonio.

Filipo se adueñó de Tracia, y en el año 338, aprovechándose de la religiosidad de los griegos, con artimañas e intrigas, se valió de la Anfictionía de Delfos para abrirse paso

hacia la Grecia central, hasta llegar a Queronea, en donde, gracias a la elocuencia de Demóstenes, lo esperaban los atenienses junto a los tebanos y otras *poleis* aliadas. El triunfo fue para Filipo, quien formó una liga helénica, con Macedonia como líder. Cuando se disponía a emprender la meta que se había trazado, la conquista de Persia, muere asesinado, en el año 336.

Los proyectos de Filipo los llevaría a cabo su hijo Alejandro. Éste atravesó el Helesponto y, en el año 334, derrotó al ejército persa en el río Granico. En el año 333, en Isos, derrotó a Darío III, rey de Persia. Antes de ser dueño de todo el imperio persa, Alejandro fue a Egipto y fundó Alejandría. Tomó Babilonia, e invadió el territorio de Persia. Al encontrar muerto al rey Darío, en las puertas de Caspias, se proclamó Rey de todo el vasto imperio que había conquistado en forma tan rápida. Siguió sus triunfos en Bactria y Sogdiana, actual Afganistán, y llegó hasta el noroeste de la India (327-325). Todo esto, en casi doce años.

En el año 323, cayó enfermo de fiebre y murió a los 32 años de edad.

Los griegos se sublevaron al enterarse de la muerte de Alejandro, como ya lo habían hecho en otras ocasiones ante los falsos rumores de su fallecimiento. En la ciudad de Lamia, se levantaron en armas en contra del imperio macedónico, pero gracias al ahínco y sagacidad de Antipatro, nuevo estratega mace-

donio, los atenienses fueron derrotados. Los vencedores exigieron a los vencidos la entrega de los principales líderes de la rebelión, entre los que se encontraban Hipérides, Hímero y el propio Demóstenes.

3. El ocaso de la *polis*

La *polis* fue para los griegos la estructura social y política fundamental, en donde llevaron a cabo la vida del Estado y del espíritu.

La antigua ciudad primitiva se transformó en una verdadera ciudad-estado, llamada *polis* entre los griegos, por lo que posteriormente las reformas políticas llevadas a cabo por hombres como Solón, Pericles, etcétera, ya no resultan aplicables a las nuevas necesidades de los ciudadanos. Esto sucede, en la época contemporánea a Demóstenes. Entre los griegos, no tenía sentido hablar de un verdadero estado como en nuestra época. La idea de autonomía, entre las *poleis*, estaba en contra de la hegemonía de algunas de ellas y, por consiguiente, era imposible hablar de una verdadera unificación, ante los recelos y las desconfianzas mutuas. Werner Jaeger dice que, así como para nosotros es imposible abrazar formas estatales más amplias a cambio de nuestra patria, para los griegos cambiar la *polis* por un estado heleno, era imposible (1).

Los ciudadanos contemporáneos a Demóstenes tenían nuevas

formas de pensar, sobre todo con respecto a la moral y a la religión. El movimiento intelectual más importante y más controvertido, aun por los autores modernos, es la sofística. Aunque en la época de Demóstenes no existía la sofística, sí había dejado secuelas. Los sofistas son importantes porque se les considera, entre otras cosas, como los creadores de la retórica, disciplina que todavía mantiene reglas establecidas por ellos; también les debemos las reglas del hablar, correcta y elegantemente(2). Empleaban la elocuencia, no para defender o atacar, sino para hacer gala de erudición y habilidad(3). Los sofistas cobraban a veces elevadas sumas de dinero por sus enseñanzas, pero más que lo económico, los animaba el deseo de gloria y de fama.

No encontramos dogmas irracionales en los sofistas, ni tampoco contemplaciones del cosmos. Ellos ponen los pies sobre la realidad y meditan sobre los problemas del hombre (4).

La nueva educación implantada por los sofistas, se dividió en el *Talivium* (gramática, dialéctica y retórica), y el *Cuadrivium* (aritmética, música, geometría y astronomía) (5).

Los más célebres sofistas fueron, entre otros, Protágoras, quien se distinguió por su claridad y naturalidad; Gorgias, quien sobresalió por su gracia e ingenio, así como el uso de imágenes y ornato en el discurso; Pródico, quien fue elegante y de voz grave; Hipias, célebre por su versatilidad y

nabilidad en el uso de metáforas, y Trasmáco, sobresaliente por su llaneza y lenguaje ordinario (6). En resumen, los sofistas vinieron a revolucionar, en gran parte, la ideología griega de los siglos V y IV a.C., pues se observa, como resultado de esta corriente de pensamiento, que las relaciones entre el ciudadano y el estado se ven afectadas por el individualismo (7).

Sólo como resultado de las enseñanzas de la sofística, podemos entender a Eurípides, quien le da mucha importancia a las pasiones y sentimientos humanos, con gran penetración psicológica (8); a Tucídides, quien escribe su *Historia de la Guerra del Peloponeso*; o a Hipócrates, que se dedica al estudio de las enfermedades en forma racional (9).

A continuación, se exponen algunos elementos que dieron origen al ocaso de la *polis* griega.

3.1 Decadencia cultural

El rechazo al matrimonio iba aunado al control demográfico. En efecto, para tener mucho dinero, era necesario no tener muchos hijos; y si no se quería tener hijos, no había necesidad de casarse. Para suplantar el matrimonio, se recurrió a lo que Gustavo Glotz llama "reinado de las cortesanas" (10). Ciertamente, Aristóteles concebía el matrimonio como una unión moral de comprensión y ayuda mutua (11). Sin embargo, una frase muy popu-

lar del siglo IV fue: "tenemos esposas para perpetuar nuestro nombre, concubinas para que nos cuiden y cortesanas para divertirnos" (12).

En esta época, el concubinato era una situación normal, tanto que hasta a Pericles se le menciona una concubina llamada Aspasia (13). Inclusive Platón tuvo que adaptarse, pues permitió en su ideología las relaciones extramatrimoniales, siempre y cuando fueran discretas (14).

Otro elemento que explica el rechazo a una familia numerosa, fue la necesidad de acumular capital. Lo más importante para este siglo era la comodidad material, lo que implicaba mayores necesidades económicas. Se entendía que el que tuviera muchos hijos, tendría pocas comodidades materiales. De ahí que se prefería derrochar el dinero, antes que procrear más hijos; inclusive, hubo quienes heredaron sus bienes a sociedades altruistas, antes que heredar a probables hijos (15).

También se convirtió en un grave problema al éxodo rural. La antigua parcela, la patria chica según Tucídides, ya no era símbolo de bienestar, pues vivir en la ciudad de estos tiempos, era lo mejor (16). Además, la vanidad de algunas familias exigía que se construyeran sus casas con una magnificencia que sobrepasaba a la de algunos edificios públicos, como la casa de Midias, en Eleusis, según expresión de Demóstenes, en su obra *Contra Midias*.

Por todo ello, puede concluirse con Glotz: "el individualismo invasor, no dejará en pie nada de los conceptos que constituían la fuerza de la ciudad; ya llega hasta legitimar la soberanía de un hombre, tirano o monarca, y deja entrever el triunfo del cosmopolitismo" (17). "Las escuelas sofistas preparaban los caminos al individualismo" (18).

Por otra parte, el individualismo también creó a los logógrafos y oradores, quienes defendían intereses particulares de utilidad práctica.

3.2 Grupos sociales del siglo IV

En el siglo IV, existían las siguientes clases sociales: la aristocracia, la clase media (los *zeugítas*) -que comprendía campesinos, artesanos y comerciantes-, la clase baja (los *thetes*) los *metecos* -acomodados residentes extranjeros-, y los esclavos.

Algunos grupos de la clase media, de la clase baja, e incluso algunos esclavos, ganaron en el siglo de Pericles grandes beneficios económicos y políticos. Se trataba de grupos inconformes que pelearon y lucharon hasta obtener esos beneficios, gracias a la democracia; pero estando en una posición mejor, se olvidaron de la democracia y de las reivindicaciones a las gentes a quienes no se les había hecho justicia.

Así se fue creando un abismo entre clases altas y clases

bajas. La clase media había triunfado en su lucha "democrática", y ya estaba a la altura de la clase alta. Por tanto, ya en el siglo IV, sólo existían dos clases en pugna: la clase alta y la clase baja, representadas respectivamente por oligarcas y demócratas.

El abismo que separaba a las clases altas de las clases bajas, era una muestra más de la enorme crisis que afectaba a la *polis* griega en la época de Demóstenes. Los beneficios de la cultura y la política eran para los que podían pagar, es decir, para las clases altas. El éxodo rural y la competencia de la mano de obra por parte de los esclavos, en la ciudad, agravaron el desempleo. "Aunque la colonización no sea ya una solución, los muertos de hambre emigran", dice Gustavo Glotz (19). Y pregunta el mismo autor: "¿qué igualdad es esa que coloca a los trabajadores bajo la dependencia de los que tienen dinero?". La respuesta a tal pregunta podría ser: esa igualdad siempre ha existido, como utopía utilizada por los demagogos.

Las dos clases en pugna no admiten ningún sacrificio y va acrecentándose al odio y la venganza hasta llegar a un antagonismo de clases en el siglo IV. Los pobres reclaman el reparto de la tierra y la abolición de las deudas (20). Los demócratas radicales, no sólo atacan a los ricos por razones sociales, sino en plan de venganza, para perjudicarlos. Segufan pidiendo, y proponían reivindicaciones; pero, y esto es lo más importante, se olvidaban de la esclavitud, sin la cual, entre los griegos, la-

vida es incompleta. La ideología revolucionaria se dividió, de hecho, en dos tendencias divergentes: un realismo radical, revolucionario, y un extremismo demagógico anarquizante; prevaleció este último, en el siglo IV.

Tanto los pobres como los ricos querían ganancias sin el menor esfuerzo posible, sin ningún sacrificio. Parecía que todo el mundo había olvidado las viejas enseñanzas del poeta Hesíodo, plasmadas en su obra, *Los trabajos y los días*, en donde encontramos su filosofía sintetizada en esta frase: "Si tu espíritu desea riquezas, procede como te aconsejo y añade trabajo al trabajo" (21).

De esta manera, se debilitó la democracia. Gustavo Glotz cita a Polibio con su frase: "Una vez que el pueblo ávido se ha saciado de liberalidades, acaba la democracia y se transforma en un régimen de violencia y de fuerza brutal" (22).

Los ciudadanos llegan a tal grado de cinismo, que no están dispuestos a cumplir con sus deberes, sino que exigen sus derechos. Esquines afirma que ya no son los ciudadanos los que tienen deberes para con el Estado, sino el Estado el que tiene la obligación de alimentar a los ciudadanos (23).

3.3 La *ekklesia* (asamblea general)

En un principio, la asamblea del pueblo (*ekklesia*) tenía el

derecho de reunirse, pero era muy escasa su influencia política. Después, la asamblea fue portavoz del pueblo, quien determinaba la acción del Estado. Sin embargo, en el siglo IV, el poder de la *ekklesia* se convirtió en tiránico. Ya no era el interés del pueblo lo que prevalecía, sino los intereses privados.

También se modificaron otras instituciones, como la *elangelia*, disposición democrática que establecía: "Prohibido abolir ninguna ley existente, a no ser por la autoridad de los *nomothetes*" (24). Sin embargo, la influencia de algún político en particular, hacía que se nombraran *nomothetes* para beneficio de algún interés mezquino, como el de suprimir alguna ley que lesionaba los intereses propios, pues ya en esta época los que legislaban eran los *nomothetes*, no la asamblea. La *boulé*, el antiguo consejo encargado de tratar asuntos relacionados con la política exterior, se convirtió en puente de enlace entre la *ekklesia* de Atenas y el *sinedrion* de otras ciudades (25).

Además, algunos políticos se transformaron, de hecho, en hombres especializados en alguna dependencia: Eubulo y Licurgo, fueron verdaderos ministros de hacienda y obras públicas; Calistrato de Afidna y Demóstenes, ministros de relaciones exteriores (26).

3.4 Obligaciones de los ciudadanos

Judiciales. Un deber del ciudadano era cumplir con la fun-

ción de juez; sin embargo, a últimas fechas, era imposible encontrar un ciudadano disponible para cubrir tal función. Los jueces, antes, eran repartidos por tribus; ahora, escasean y se tienen que atender, por el escaso número disponible, a las más urgentes necesidades. Según Gustavo Glotz, los atenienses sentían repugnancia a cumplir con su deber de jueces (27).

Fiscales. Para evitar fugas fiscales, a los contribuyentes se les agrupó en veinte *simonías*, cada una de las cuales pagaba una misma fracción determinada. Estas, debían encargarse de la recaudación de cada miembro, y todos eran responsables del conjunto.

A los ciudadanos que podían contribuir para las naves, se les imponía lo que se llamó *triletaquia*; posteriormente, los ciudadanos renuentes consideraron que era mucha carga para uno solo, por lo que se pudieron asociar dos, bajo la institución que se llamó *di-triletaquia*. También se tuvo que recurrir a las *simonías* para resolver este problema, a pesar de lo cual, había renuentes que no pagaban.

Militares. Disminuye, en esta época, el interés por la gimnasia y también por la milicia. Sin embargo, a la gente vagabunda y desterrada que radicaba en Grecia, le interesaba ganar dinero e ingresaba como mercenario a la milicia. Cabe señalar que los ricos pacifistas resultan los menos interesados en cuestiones militares pues con las guerras, como es natural, peligraban sus intereses personales.

3.5 La unidad de los griegos.

La industria y el comercio evolucionan y su desarrollo

trajo como consecuencia el auge comercial, con todas sus derivaciones: viajes, éxodos, nuevas ideas, otras formas de vida, etcétera. Gracias a la comunicación, los griegos se dieron cuenta con quienes tenían cierta similitud, y cuáles eran bárbaros o extravagantes. También advirtieron que sus vecinos más cercanos, tenían muchas semejanzas físicas, culturales y religiosas. Si bien Platón e Isócrates sostenían que a cualquier guerra entre *poleis* griegas se le podía considerar como una guerra civil, con todo, la idea de una unidad, no pasaba del terreno intelectual y moral al terreno político.

Se empezaba a vislumbrar la unidad helénica, cuando dio principio el derecho de ciudad que consistía en que una *polis* le otorgaba todos sus derechos a un extranjero en señal de gratitud. Después, dos ciudades se comunicaban su derecho de ciudad, por medio de un convenio bilateral: a esto se le llamó *isopoliteia* (28). De este modo, vemos como, paso a paso, se iban fraternizando las *poleis* entre sí, tanto en el aspecto político, como jurídico. Por ejemplo, la Calcídica, en su situación de *isopoliteia* con otras ciudades, podía convertirse en un estado unitario.

Atenas ya había experimentado, con anterioridad, una confederación; en el siglo IV a.C., la vuelve a reestructurar. Pactó, pues, un tratado con Quíos, Rodas, Bizancio y otras ciudades. Al inicio, fueron compromisos bilaterales con opción a nuevos socios; posteriormente, fueron compromisos específicos de una ciudad con otra o con algunas. Pero caía Atenas en el papel de líder, lo que ya le había ocasionado problemas en la primera confederación y, por consiguiente, le costaría el aban-

dono de sus nuevos aliados.

Tebas trató de que se reconociera al Estado Federal de Beocia, y creó la Confederación de la Grecia Central. También Arcadia pretendía hacer una Confederación.

Atenas decidió formar una liga helénica, fundiendo su Federación con la Liga lacedemonia (29).

Sin embargo, con todo lo anterior, no se trataba de crear una unidad helénica, sino de crear alianzas de defensa común en contra de otras ciudades. Sólo se procedía a formar pequeños estados.

Tenemos, pues, dos formas de unión entre las *poléis*: las ligas federativas y los estados federales; en las primeras, no existía el derecho de ciudad propia, sino que se mezclaban los derechos de todas las *poléis* o bien prevalecía el de la *polís* que tenía hegemonía sobre las demás; por otra parte, en los estados federales, había el derecho de cada *polís*, que de esta manera conservaba su autonomía, y aparte existía el convenio común con las otras ciudades.

Finalmente, llegamos a la completa unión de los helenos promovida por Filipo de Macedonia quien convocó, en Corinto, a los delegados de todas las ciudades "conquistadas", para formar una alianza mutua. Así surge "La liga de Corinto", a la que se le llamó antiguamente, la liga de "Los helenos". Los macedonios no formaban parte, pero sí su rey, que era el hegemón de la liga.

Todas las ciudades eran libres y autónomas; no se enviaban guarniciones, ni pagaban tributo alguno. Bajo esta aparente libertad, llegaron los principales estatutos de opresión que regirían dicha unión: "La liga debe oponerse a todo intento realizado con miras a derrocar las constituciones existentes (constituciones que, en su mayoría, eran oligárquicas, gracias a una vigorosa presión ejercida por Filipo). Prohíbe las ejecuciones y los destierros ilegítimos, las confiscaciones, todo reparto de tierras, toda abolición de deudas; prohíbe, como medida revolucionaria, la liberación de esclavos. En una palabra, tiene el derecho y el deber de intervenir dondè sea necesario " (30).

3.6 Fin de la ciudad griega

"A partir del 338 a.C., dejaron las ciudades griegas de ser auténticamente libres, y toda Grecia se convirtió, por primera vez, en simple dependencia de un país extranjero" (31). La libertad personal, quedó reprimida por el poder absoluto del monarca.

Durante la crisis causada por todos los elementos antes mencionados, crisis que los ciudadanos de Grecia sufrieron como consecuencia de los cambios históricos contrarios a la libertad, se levantaron voces pidiendo el retorno a las glorias pasadas, y una de esas voces, aún nos sigue guiando por los caminos correctos del hombre libre: la voz de Demóstenes que nos dice que, para conservar nuestra patria, es necesario conservar su cultura

y su civilización.

NOTAS DEL CAPÍTULO SEGUNDO

- 1) Jaeger, Werner. *Paideia, los ideales de la cultura griega*, p.1100.
- 2) Chavolla, Guillermo. *La sofística, tesis conciliatoria*, pp. 173 ss.
- 3) *Ibíd.*
- 4) *Op. cit.*, pp. 175 ss.
- 5) *Ibíd.*
- 6) *Ibíd.*
- 7) Scullard, H. H. *Panorama del mundo clásico*, p.85.
- 8) *Ibíd.*
- 9) *Op. cit.*, p. 86
- 10) Glotz, Gustavo. *La ciudad griega*, p. 251.
- 11) *Ibíd.*
- 12) Glotz, Gustavo. *Op. cit.*, p. 252.
- 13) *Op. cit.*, pp. 252 ss.
- 14) *Ibíd.*
- 15) *Ibíd.*
- 16) *Ibíd.*
- 17) Glotz, Gustavo. *Op. Cit.*, p. 262.
- 18) *Ibíd.*
- 19) *Op. cit.*, p. 266.
- 20) *Op. cit.*, p. 271.
- 21) Hesíodo. *Los trabajos y los días*, Libro I. p. 37.
- 22) Glotz, Gustavo. *Op.cit.*, pp. 271 ss.
- 23) *Ibíd.*

24) *Op. cit.*, pp. 279 ss.

25) *Ibid.*

26) *Ibid.*

27) *Op. cit.*, p. 290.

28) *Op. cit.*, pp 303 ss.

29) *Ibid.*

30) *Op. cit.*, 322.

31) *Op. cit.*, 326.

CAPÍTULO TERCERO

ANTECEDENTES Y TRASCENDENCIA DE DEMÓSTENES

1. Retórica y sofística

Demóstenes, como cualquier otro ciudadano, como "alguien", tenía plenos derechos y obligaciones en su comunidad política. Entre otros, se encontraba el de proponer nuevas leyes o proyectos. Así pues, un ciudadano era un legislador en potencia, y tenía como obligación la de proteger y cuidar las instituciones (asamblea, *boulé*, etcétera) y todo lo que sirviera para fortalecer los cimientos en que descansaba la democracia ateniense, la *polis*. Si el derecho ateniense otorgaba la participación del ciudadano en los asuntos del estado, podemos decir que Demóstenes, como integrante de la *polis*, tenía la posibilidad de proponer leyes, proyectos, o exponer sus pensamientos para la buena marcha de los intereses de sus conciudadanos, tarea que desempeñó con cuidadosa argumentación, ayudado por las aportaciones de la sofística, así como las de la retórica.

Por otra parte, todo ciudadano podía impugnar y criticar cualquier ley, si ésta resultaba negativa para el bien del estado. Por lo tanto, en la *polis* griega había una plena identificación entre persona y ciudadano.

La sofística, como una corriente del individualismo,

creció en Grecia y se aplicó a los problemas humanos y puso en crisis los valores existentes (mitos, dogmas religiosos, etcétera), a partir de elementos racionales; la propia religión, sufrió una gran crisis y convirtió a la educación en algo popular. La sofística, también estuvo vinculada con el desarrollo político, porque mejoró el arte de hablar, el cual se relaciona con el discurso. (1).

Este panorama, nos da la pauta para formar el esquema en el que se ubica el ciudadano activista, quien necesita de la retórica para expresar su pensamiento, base sobre la cual descansa el individualismo y la libertad humana.

La elocuencia es tan vieja como la literatura, pues ya la encontramos en Homero, en los personajes de Néstor y Ulises, oradores expertos que emplearon discursos breves. Como "género literario", alcanza su forma definitiva en Atenas, apoyada en la flexibilidad de la lengua y en el modo de vida de los atenienses, pues la lengua tiene una enorme importancia en todo lo relativo a la expresión (2), y la *politeia*, por su parte, resultó un medio favorable para que todo ciudadano pusiera cuidado y esmero en lograr sus objetivos. Además, los oradores, no sólo se dirigían al pueblo para enseñar, atacar o defender, sino también, para informar (3).

Así pues, los primeros maestros de retórica estuvieron en Sicilia, en donde abundaron magníficos maestros de elocuencia (4).

La elocuencia primitiva consistió en decir lo que convenía a los intereses propios del orador; en cambio, la elocuencia posterior, sin salirse de ciertas reglas propias de la oratoria, tuvo seguidores que razonaban para atacar o defender un ideal o a un idealista (5).

Los discursos públicos no pertenecían propiamente a la literatura, pero la enseñanza de la retórica hizo que se redactaran y de ese modo pasaron a formar parte de ella.

Los discursos forenses se redactaron con fines prácticos, y fue el logógrafo quien los escribía para que fueran leídos por sus clientes.

Para poder seguir la secuencia de la retórica, se han consultado las obras siguientes: *Paideia*, de Werner Jaeger; *Literatura griega*, de José Alsina; *La literatura griega clásica*, de Rafael Cantarella y *La crítica en la edad ateniense. La antigua retórica*, de Alfonso Reyes.

Diversos autores afirman que la aparición de la retórica, por primera vez, ocurrió en Siracusa (Sicilia), en el año 468 a.C. Se atribuye a Córax, discípulo de Empédocles, la introducción y definición de la retórica, entendida como "el arte de persuadir". Según la tradición, la entrada de la retórica

a Atenas fue en el año 427 a.C., por obra del sofista Gorgias.

En el principio, hubo en Atenas una elocuencia solamente hablada e improvisada, pues se tenían pocas o nulas bases teóricas; sólo surge la retórica por razones prácticas, por ejemplo, en Solón, en Temístocles y, sobre todo, en Pericles. También Esquilo practicó un poco la oratoria en *Las Euménides*, año 481, en el proceso de Orestes ante el Arcópago; posteriormente, cuando se pronunciaba un discurso, se escribía y, más tarde, aunque un discurso nunca se llegara a pronunciar, se escribía, con fines artísticos y literarios.

Los atenienses tenían el privilegio de poder defenderse personalmente en los procedimientos judiciales, pero quienes no tenían la habilidad de la elocuencia encargaban el texto de su defensa al "logógrafo". Cabe señalar, que no únicamente en los procedimientos judiciales o políticos intervenía la oratoria, sino también en otras actividades sociales y culturales; por lo tanto, tenemos discursos fúnebres, encomios, panegíricos, etcétera.

Poco se puede decir de la oratoria de Solón, Temístocles y Pericles, porque era improvisada y sin bases teóricas; también, porque se conservan pocos fragmentos de sus discursos; sin embargo, es posible coincidir con Platón, quien en el *Gorgias* dice: "No fueron los arquitectos ni los ingenieros navales los que crearon las fortificaciones y los puertos de

atenas, sino Temístocles y Pericles, quienes ayudados por el poder de la retórica, convencieron al pueblo de la necesidad de acometer estas obras". Así contesta uno de los personajes del mencionado diálogo, a la propuesta contraria de su interlocutor.

Tanto Solón, como Temístocles y Pericles, utilizaron la oratoria como instrumento de un servidor del Estado, pues no fueron sofistas, sino estadistas-oradores. Los sofistas, quienes poco a poco fueron forjando las reglas de la oratoria, son los que a continuación señalan los principales autores, que se dedicaron al estudio de ellos.

Gorgias nació en Leontice (Sicilia), en el año 427? a.C., y fue maestro de Tucídides. Sus teorías defienden un escepticismo absoluto. Sólo quedan fragmentos de sus obras. Fue discípulo de Empédocles, e introduce la retórica en Atenas, al cumplir una embajada en la que pedía ayuda para su patria. Entre sus obras, de las que sólo nos quedan fragmentos, se puede citar: *Del no ser o de la naturaleza*; varios discursos: *Epitafio*, *Olimpico*, *Plático*, *Elogio de los eleos*, y algunas ejercicios retóricos: *Elogio de Helena*, *Apologla de Palamedes*, etcétera. Su tesis fundamental fue la siguiente: "Nada de lo que es, es". Fue también maestro de Isócrates, y a él se debe la introducción de personajes míticos en el discurso.

Protágoras nació en la costa de Tracia, en el año 485 a.C. Fue el primer sofista que pidió remuneración por sus enseñanzas. Según Diógenes Laercio, escribió, entre otras obras, las siguientes: *La verdad*, *Las controversias*, *Gran discurso*, *De la virtud*, etcétera. De toda su obra, sólo conservamos algunos fragmentos. Su tesis fue: "El hombre es la medida de todas las cosas". Fue contemporáneo de Sófocles, y respecto a la divinidad decía que no es posible afirmar si existe o no existe.

Pródico nació entre los años 470-460, en la isla de Ceos. Fueron sus discípulos: Sócrates, Isócrates y Terámenes, entre otros. También, como Sócrates, fue condenado a beber la cicuta por considerarlo corruptor de la juventud. Algunas de sus obras fueron: *La honra*, *De la naturaleza del hombre*, etcétera. Se dedicó con entusiasmo al estudio de los sinónimos, pues los retóricos consideraban este estudio como un medio eficaz para la elocuencia.

Trasímaco nació, aproximadamente, en el año 460, en la Calcedonia; entre sus obras destacan: *Sobre la Constitución*, *Discursos por los Lariseos*, *Gran tratado*: sólo se conservan fragmentos de sus *Discursos epidicticos*, y de sus *Proemios*. Su tesis fue la siguiente: "Lo justo no es sino lo útil para el más fuerte".

En el diálogo de Platón que se intitula *Gorgias*, nos encon

tramos con un personaje que, para algunos autores, es ficticio, mientras que para otros, representa a un individuo contemporáneo de Platón o bien que vivió en otra época. Se trata de un personaje retórico, llamado Calicles, que defiende la oratoria contra todas las impugnaciones que hace Platón por boca de Sócrates; dicho personaje, también cita a los grandes héroes atenienses como Pericles, Temístocles y Cimón, a quienes señala como grandes virtuosos de la retórica.

Antifonte es un nombre polémico, pues en la misma época parece que existieron tres personajes con el mismo nombre: un sofista, un orador-político y un tercero cuya especialidad es dudosa. Atribuidas a cualquiera de estos autores, existen algunas tragedias como *Andrómaca*, *Jasón*, *Meleagro* y *Filoctetes*. Al sofista, que es el personaje que nos interesa, se le atribuye la obra, *La verdad*.

Su tesis fue esta: "La multiplicidad de las prescripciones legales es contraria a la naturaleza". Considera a la ley como "La cadena de la naturaleza".

Hippias nació en Elida, en el año 440 a.C. Escribió varios discursos: *Troyano*, *Denominaciones de pueblos*, *Lista de los vencedores en Olimpia* y *Recopilación*. En sus obras *Hippias menor* e *Hippias mayor*, Platón lo presenta como un personaje experto en cuestiones homéricas, geometría, astronomía, retórica, música y nemotecnia. Defendió la completa comprensión

y estudio de todo lo humano, y el enciclopedismo.

Hecha la breve reseña de rétores que antecede, pasamos a señalar algunas obras anónimas, importantes en el campo de la elocuencia.

Anónimo de Jámlico: es una obra sofista con temas morales, que se atribuye, entre otros autores, a Antístenes, Protágoras, Critias, Antifonte orador, Terámenes, Demócrito e Hipias. La tesis de este tratado, se basa en la igualdad ante la ley y en una justa distribución de las riquezas.

Discusiones: es un anónimo escrito en dialecto dórico: expone las ventajas que ofrece la habilidad retórica.

Anónimo de las leyes: es un escrito que se atribuye a Demóstenes. Sostiene la tesis siguiente: "Después de los dioses, las leyes son las más sólidas columnas del Estado".

Por otra parte, se tiene como genuinos representantes de la Oratoria atica a los "Diez": Antifonte (ya mencionado), Andócides, Iseo, Isócrates, Lisias, Demóstenes, Esquines, Dinarco y Licurgo.

Andócides vivió en los años 440-390 a.C.; entre sus obras, se enumeran las siguientes: *Del propio regreso*, *De los misterios*, *De la paz con los lacedemonios*, *Contra Alcibíades*. Los

fragmentos que se conservan, pertenecen a sus discursos: *A los compañeros y Deliberativa*. Lo poco que se sabe de él, lo debemos a la obra de Plutarco, como afirma Cantarella en su *Literatura griega*.

Lisias, que nació entre los años 459-455 a.C., se dedicó a la profesión de logógrafo, es decir, redactor de discursos forenses. Para él, como para otros oradores, ellos eran los indicados para llevar a cabo la educación del pueblo, y no los filósofos como sostenían Platón y otros. Se conservan sus discursos *Contra Eratóstenes* y el *Exótico*, que sirvió como punto de partida para el *Fedro* de Platón. Se conservan breves fragmentos de otros discursos, y tres incompletos. Dionisio de Halicarnaso admira en él la sencillez del lenguaje, la fuerza y la claridad.

Isócrates nació en Atenas en el año 436 a.C., fue discípulo de Gorgias, posteriormente fue maestro de elocuencia en Atenas. De su escuela salieron, entre otros, Teodectes, Androción, Eforo, Teopompo, Hipérides, Iseo y Licurgo. Con su obra, *El Panegórico* (380), entra de lleno a la política, pues sus temas fueron el panhelenismo, la hegemonía de Atenas y la lucha contra el bárbaro; su ideal del caudillo, capaz de guiar a la Hélade confederada, fue Filipo. Isócrates estuvo en contra de los sofistas, pero no de la retórica como arte, ya que ésta es la responsable de educar y no la filosofía; la educación, decía, no debe estar en manos de los sofistas, maestros de

elocuencia, sino que debe estar en manos de los buenos rétores.

De Iseo muy poco podemos decir, aunque sabemos que le tocó el privilegio de ser alumno de Isócrates, por una parte, y luego maestro de Demóstenes. A él recurre este último gran orador, pues Iseo era considerado como el mejor de los logógrafos, en los casos judiciales.

Hay algunos oradores relacionados con la vida de Demóstenes, entre los cuales tenemos a Esquines, Licurgo, Hipérides y Dinarco.

Esquines vivió entre los años 390 al 314 a.C. Simpatizó con la corriente filomacedónica y finalmente abandonó la fe en el porvenir del estado ateniense, pues se negó a luchar. Entre sus discursos tenemos: *Discurso Delio* (desaparecido) y *contra Ctesífronte*, que fue su discurso más famoso.

Licurgo vivió del año 390 al 324 y fue aliado de Demóstenes; de sus obras, sólo nos queda *Contra Leócrates*, obra valiosa e impregnada de poesía. Es opinión generalizada que Licurgo, orador ateniense, se propuso entusiasmar a la juventud de su época, con su lenguaje poético.

Hipérides vivió del año 399 al 322. Fue acérrimo enemigo de Demóstenes y discípulo de Isócrates. De sus obras nos quedan: *Contra Demóstenes*, *Epitafio*, *Por Euxenipo* y *Contra Atenc-*

genes, estos dos últimos, íntegros.

Aunque no está considerado entre los diez mejores oradores de Atenas, tenemos a Alcídamente de Elea, que fue discípulo de Gorgias. Consideramos importante a este personaje, porque fue citado por Aristóteles en la Retórica, con preferencia a todos los demás. De sus discursos conservamos: *Los sofistas* y *Muselón*, su obra principal.

De Dinarco poco tenemos que decir. Fue uno de los diez miembros designados por el pueblo para acusar a Demóstenes por el escándalo de Hárpalo. Su máxima obra, que se conserva es: *Contra Demóstenes*, en la que predomina la pasión del acusador, la tergiversación de los hechos y la omisión de datos que históricamente es posible comprobar.

Por último, señalaremos algunos aspectos interesantes acerca de la oratoria ateniense.

De los discursos en general los eruditos proponen la siguiente división (tomo como punto de referencia los discursos de Demóstenes):

1°. Discursos comprados, que conservaron los clientes para quienes fueron escritos: *En favor de Formión*, *Contra Tímateo*, *Contra Estéfano*, etcétera.

2°. Discursos hechos por los mismos oradores, que tal vez fueron pronunciados: *Sobre la Corona, Sobre las Símoras, En favor de la Libertad de los nodios, etcétera.*

3°. Discursos públicos con propósitos literarios o educativos: *Sobre la organización de las finanzas, Por la paz, Sobre la embajada inglés, etcétera.*

La oratoria es sometida a teorías y reglas generales, y por ellos se ha hecho necesario que ésta sufra los rigores de la investigación científica, basada en previos estudios sobre lingüística, gramática, sintaxis, eufonía, sinonimia, etimología y, sobre todo, el dominio de toda clase de sutilezas y recursos literarios. A su vez, el orador adquiere el dominio de la forma y del contenido de los discursos, habilidad en la refutación, en las contestaciones rápidas y en las explicaciones extensas o lacónicas, amplio conocimiento de los poetas y oportuna aplicación de los mitos, así como capacidad para enaltecer lo superfluo y mínimo, devaluar lo grande y transformar lo inverosímil; por último, originalidad (6). Estas eran las tareas fundamentales en la formación de un buen orador. Pericles fue considerado el orador más perfecto; sin embargo, de todos sus discursos sólo nos quedan pensamientos grandiosos y brillantes imágenes que le valieron el sobrenombre de Olímpico. Como dice Pericay: "Algunos raros ejemplos de esos pocos rasgos oratorios que se añincan en los espíritus como agujijones"(7).

El propósito de la elocuencia política como señala Bernau-la, consiste en comunicar a las masas, de una manera elegante y firme, las convicciones propias de afecto y sentimiento, en forma oral o escrita (8).

La oratoria brilló con gran intensidad en los últimos años de la polis, debido a los problemas inherentes a la democracia y al poder hegemónico. Los oradores más sobresalientes de esa época fueron: Antifón, Lisias, Isócrates, Esquines y Demóstenes (9); este último, como ningún otro, empleó una lengua persuasiva y personal.

La oratoria, como medio para educar la voz y manejar el lenguaje, no era un factor primordial. El contenido político del pensamiento constituye el factor decisivo, aunque para Demóstenes, el arte de decir era el factor principal en toda oratoria (10).

El enfoque moralizador de la oratoria de Demóstenes, ha sido estudiado por diferentes autores; sin embargo, el aspecto agitador de su oratoria, no siempre ha sido comprendido por todos los eruditos (11).

El único eco de la elocuencia política de Atenas en la época de Demóstenes, era la colección de discursos reproducidos en la obra de Tucídides; al respecto, afirma Jaeger: "Estaba

reservado a Demóstenes el crear una forma literaria en que la fuerza y la móvil flexibilidad de la palabra realmente habla da se asocia al vigor dialéctico de pensamiento y a la belleza artística de los discursos de Tucídides, plasmando en forma literaria la sugestión del contacto vivo con el auditorio, como el elemento más esencial de la fuerza retórica de convicción" (12).

El renacimiento de la vida del Estado ateniense, se presenta en la época de Demóstenes, y la elocuencia política resulta un valioso medio para aquellos que tratan de apoyar el reencuentro de Atenas. A los treinta y un años de edad, Demóstenes lleva a la tribuna su singular programa de acción.

Las fuentes para el estudio de la oratoria son, entre otras, el *Bautus* y el *Orator*, de Cicerón; la *Retrórica* de Aristóteles; la *Rethorica ad Alexandrum*, cuyo autor parece ser Anaxímenes de Lampsaco; el *De oratoribus antiquos*, de Dionisio de Halicarnaso; y la obra de Quintiliano, *Institución oratoria*. Además de los autores modernos, también tenemos a Wals y Spangcl, con su obra intitulada *Rethores graeci*, y a F. Blass, con *la elocuencia atica* (13).

2. La figura de Demóstenes

Demóstenes ha sufrido fuertes críticas, a través del

tiempo, por diversos autores; sin embargo, todos reconocen que representa la lucha intelectual y política de Grecia en el siglo IV a.C.

Afirma Jaeger que la historia juzga a los estadistas por sus éxitos y no por sus intenciones (14). Para algunos autores, Demóstenes es el obstáculo que impide el avance de la evolución de la humanidad, ya que para ellos la gran personalidad de Alejandro opaca a las de sus contemporáneos, pues él es el impulsor de una nueva era y quien propicia la unificación de los griegos, que viene a ser lo único importante y el punto vital para la nueva marcha de la humanidad.

Para muchos, Demóstenes representa la libertad, el nacionalismo liberal, pues, "En él se confunden y forman una unidad, el orador y el estadista", como dice Werner Jaeger; para otros, es simplemente la personificación de la vanidad y la ambición. Lo cierto es que hablar de la vida de Demóstenes, es hablar de la muerte de la *polis* griega, en opinión de Jaeger (15).

Algunos autores, como el Cardenal Besarión, Frieddriech Jacob, Clemenceau, y otros, han utilizado la imagen de Demóstenes para impulsar la conciencia patriótica de sus pueblos; Engelbert Drerup, Julive Belcochy Edward Meyer, venían a Demóstenes como a un vanidoso, engañado de su propia importancia y que vivía del recuerdo de las glorias pasadas. Por su parte, Gustavo Droysen y Arnold Scharf, inician una crítica minuciosa, con base en el descubrimiento del mundo helenístico; en la actualidad, Glotz y

Cloché, lo enjuician tomando en cuenta su lineamiento democrático. Lo cierto es que someter a una multitud y hacerla cambiar de rumbo, a pesar de lo imposible, no todos lo pueden lograr. Sin duda por eso dice Cicerón que es el orador y el estadista, más allá del cual es imposible traspasar.

Hay autores que sostienen que Demóstenes es un orador excepcional: "Ningún orador antiguo ha tenido como Demóstenes, la facultad de emplear un cúmulo de resortes para despertar la simpatía o para suscitar la emoción, que los antiguos denominaron *ethos y pathos*" (16).

Los calificativos utilizados por los diferentes críticos de Demóstenes son los siguientes: iluso, campeón de la libertad, paladín de la democracia, agente secreto del rey de Persia, veleta, orador demagogo, hurano, insincero, superficial, injuriador, caricaturesco, degenerado, etcétera (17).

Sin embargo, se tiene la impresión de que todo esto más bien engrandece la figura de nuestro autor, pues parece ser Jaeger quien nos señala el camino: "Ni al análisis histórico, ni el filológico nos darán al verdadero Demóstenes. Tratemos de entender a Demóstenes mismo" (18), esto es, adentrémonos en su época, en su vida y en el entorno de su tiempo. Werner Jaeger, tal vez supone que Demóstenes trataba de aparentar o simular alguna ideología o, por qué no, que estaba en contra de una ideología bien definida. Sólo Demóstenes nos podría dar la respuesta

adecuada, en forma personal; pero a falta de su persona, sólo nos queda recurrir a su obra, o bien, a la de sus contemporáneos.

Lo que sí importa mucho recalcar y no perder de vista, es que para Demóstenes pasó inadvertida la cuestión de la esclavitud; tal vez porque formaba parte del *modus vivendi* de su sociedad, pues aunque parezca contradictorio, es preciso recordar que la esclavitud fue la base de aquel mundo grandioso en el que sobresalieron eminentes personalidades.

Sus discursos son inconfundibles, y por ello, magnífica guía para distinguir los auténticos de los apócrifos. Tienen, además, un gran valor artístico, oratorio, y sobre todo, histórico. Son de una valiosa ayuda para dilucidar la situación de aquella época, no sólo en Grecia, sino también en otras culturas, aunque para Demóstenes todo giraba en torno de Grecia.

Es necesario no únicamente estudiar su biografía, sino también su obra, para poder sacar una conclusión. Este será el siguiente paso; mientras tanto, trataré de exponer, muy brevemente, la influencia de Demóstenes y su oratoria, en algunos autores latinos.

Catón el Censor estudió griego en los discursos de Demóstenes (19); al leerlos, sin duda practicó de su estilo oratorio, y fue esta la fuente que inspiró sus aproximadamente ciento cin-

cuenta discursos.

Cicerón la oponía a Lisias (20), pues para él, Demóstenes tenía mayor impacto.

Si, como se afirma, "Salustio lefa también a Isócrates, Lucurgo y Demóstenes". (21), cabe suponer que los discursos que encontramos en sus obras, eran reflejo parcial de las enseñanzas de nuestro autor.

También Tito Livio, en sus historias, incluyó discursos de personajes históricos ante asambleas públicas, a la manera de Demóstenes.

Por último, Quintiliano, como admirador y seguidor de Cicerón, podemos concluir que indirectamente se ve influenciado por Demóstenes, a través de Cicerón.

El método que trato de seguir al estudiar la figura de Demóstenes es el de ver las divergencias de la antigüedad (Teopompo, Esquines, etcétera), así como las de los modernos (Gustavo Glotz, Warner Jaeger, etcétera); pero el problema radica en cómo lo pueda presentar tal cual fue. Esto resultaría imposible si no confrontásemos las ideologías de sus enemigos y seguidores. Esta posición quedó aclarada en el prólogo, cuando a manera de impresión propia, en un principio concluyo por verlo como un demagogo, pero que a medida que las circunstancias externas presionen sobre la democracia, se torna un demócrata

que tratará de "agitar", aconsejando e informando sobre el peligro de que desapareciera la polis ateniense y con ella la democracia.

A mi juicio, de las posiciones divergentes, las más correctas serían aquellas que afirman que representa la libertad y el nacionalismo; pero aclaro: es en la última fase de su vida -- cuando lograr representar estos conceptos.

Además de que sí sentía por la democracia cierta simpatía, es obvio que haya luchado por ella, pues afirma: "Mientras me defiende de las acusaciones conforme a derecho; es decir, como os lo piden las leyes; ya que Solón, el que primero las estableció allá antiguamente, como benévolo y buen demócrata" (*Por la Cor.*, 6). También maneja el concepto de la democracia -- cuando dice: "Solo que quien hace profesión de respetar las leyes y la constitución democrática, conviene que posea, si no otra cosa, por lo menos ésta: que lo entristezcan o alegren -- unas mismas cosas que al pueblo; y que no se coloquen en la fila de los adversarios por su programa político" (*Por la Cor.*, 292).

NOTAS DEL TERCER CAPÍTULO

- 1).- Chavolla, Guillermo. *La sofística, tesis conciliatoria*, pp. 149 ss.
- 2).- Burckhardt, Jacobo. *Historia de la cultura griega*. p.431 III tomo.
- 3).- *Op. cit.*, p. 432.
- 4).- Pericay F. Pedro. *Antología griega*, p. 99.
- 5).- Jaeger, Werner. *Demóstenes, la agonía de Grecia*, p. 12.
- 6).- Chavolla, Guillermo. *Op. cit.*, pp.149 ss.
- 7).- Pericay F., Pedro. *Op. cit.*, p. 99.
- 8).- Bernaola de San Martín, Pedro. *Curso superior de Literatura preceptiva* p.3, II tomo.
- 9).- Pericay F., Pedro. *Op. cit.*, p. 99.
- 10).- Ramírez Torres, Rafael. *Demóstenes, vida y obra*. pp.273 y 274.
- 11).- Jaeger, Werner. *Op. cit.*, p.80.
- 12).- Jaeger, Werner. *Paldea. Los ideales de la cultura griega*. p.1083.
- 13).- Burckhardt, Jacobo. *Op. cit.*, p. 435.
- 14).- Jaeger, Werner. *Demóstenes, la agonía de Grecia*, p. 9.
- 15).- *Op. cit.*, p. 13.
- 16).- Pericay F. Pedro. *Op. cit.*, p.120.
- 17).- Ramírez Torres, Rafael. *Op. cit.*, p. 10 ss.
- 18).- Jaeger, Werner. *Op. cit.*, p. 15.
- 19).- Bayet, Jean. *Literatura latina*, p. 90.
- 20).- *Op. cit.*, p. 149.
- 21).- *Op. cit.*, p. 189.

SEGUNDA PARTE
EL CONTENIDO EN LOS DISCURSOS DE DEMÓSTENES

CAPÍTULO PRIMERO
LOS IDEALES PARA EL MUNDO GRIEGO

Conviene no olvidar que cada uno de los discursos de Demóstenes están escritos para una situación perfectamente determinada; en efecto, algunos tienen la finalidad de ganar un pleito judicial; otros, la de aconsejar una determinada línea de acción política para una coyuntura dada, etcétera.

En esta segunda parte de nuestro trabajo, se hará el intento de reconocer, dentro de lo posible, lo que Demóstenes trató de transmitir a sus contemporáneos en sus discursos, es decir, esas ideas que fueron forjando la consumación de los objetivos delineados a través de la oratoria. Nuestro análisis considera dos aspectos; el moralizador y el político-religioso.

1. Aspecto moralizador

El orden en que se analizan los conceptos morales expresados por nuestro autor, corresponde al orden en que éstos van apareciendo, cronológicamente, en sus discursos. Para la mejor comprensión de este apartado, lo hemos subdividido en dos partes: en la primera, nos referiremos a temas morales; en la segunda, hablaremos de los vicios,

1.1 Temas morales

Según Demóstenes, en aquella "pervertida" sociedad

(*Or.* III, 23 y 31), algunos de sus amigos lo admiraban por su integridad y bondad de vida. Sin embargo, conviene aclarar que sus principales enemigos no están de acuerdo con estas afirmaciones.

La moral, la empuja nuestro orador con el anhelo de mover las masas; por lo tanto, busca la manera de penetrar en la psicología y, por supuesto, en la moral del ciudadano. Por otra parte, cabe señalar que juzga a los rivales con criterios morales (*Fal.* I, 5 y 10; *Or.* I, 12 y 13; *Por La Cor.*, 67 y 68), y que el examen crítico que hace de sus enemigos, se basa en una censura de los fundamentos morales en que se apoyan los personajes que se dedican a la política, en los regímenes que ataca (*Or.* II, 5 ss.)

Como para Platón, también para Demóstenes el fundamento de la política es la moral. La política sobre la que descansa la nación macedónica (según sus discursos, sobre todo las *Falécicas* y *Olantlacas*), se torna débil en cuanto que la moral de la gente que gobierna Macedonia, es negativa; sin embargo, me da la impresión de que desde este punto de vista, el proceder de Demóstenes no es recomendable, pues procedió por simples motivos políticos. Demóstenes sospecha que los aliados de Macedonia no comparten los ideales de su líder, porque no obtienen los mismos beneficios de los saqueos y botines de las guerras (*Or.* II, 15 y 16). Los únicos beneficiados son los aduladores, los ladrones, y una chusma desvergonzada; por ello,

afirma que la permanencia y la solidez de un régimen radica en la buena moral de sus dirigentes, aspecto del que adolece Filipo y sus colaboradores. Además, dice que éste ha obtenido las victorias y el poder por la traición y el engaño (O^{l.} II, 5 y 10). Hace un análisis del enemigo, criticando sus fundamentos morales (O^{l.} II, 6 al 9). Los autores no pierden detalle para afirmar que las normas de la decencia y la moralidad son propuestas por la clase media de Atenas.

Demóstenes no ignoraba que Filipo era un personaje que ponía en peligro la democracia ateniense. Suponía que las relaciones entre los estados griegos, podían mejorarse aplicando a la política exterior las normas de la decencia y la moral; por ello, se propuso orientar al pueblo indeciso, modelarlo para sus objetivos. Parece convencido de que la moral del poder político determina su permanencia, por lo que hará lo imposible, durante su trayectoria como orador político, para mejorar al ciudadano en el aspecto moral y hacer de él un hombre útil a la polis griega. Sólo que se va a encontrar con un obstáculo: la naturaleza de la actual generación, que ya no es igual a la de sus antepasados, lo que va a constituir un buen acicate para su espíritu reformador. Con todo, la lucha de Demóstenes no es para obtener una elevada moral, sino para evitar que los jóvenes atenienses huyan de la política.

En los primeros discursos forenses, encontramos elementos de la moral ateniense y una clara descripción de la clase pu-

diente del siglo IV. Encontramos, por ejemplo, que el matrimonio perseguía objetivos comerciales (En fav. de Form., 8). De este modo, nos podemos explicar que el padre de Demóstenes conceda la mano de su mujer, en caso de muerte, a un hombre designado de antemano, quien continuaría la buena marcha de sus negocios; asimismo, un banquero podía mantener intacta su fortuna, después de su muerte, entregando a su mujer al hombre que hubiese escogido como sucesor (En fav. de Form., 28 ss.).

En el programa ideológico de Demóstenes encontramos, entre otras propuestas, las demandas de reconstrucción económica y, sobre todo, lo que más nos interesa en este momento, la inquietud moral. Con frecuencia, los logógrafos escribieron discursos tanto en defensa de alguien como en su contra; por ello, Demóstenes fue criticado por sus enemigos cuando escribió, primero, un discurso para la defensa de Formión en contra de Apolodoro, pues posteriormente tuvo que reconciliarse con éste, ya que proponía que las cuotas de entrada para el teatro se suprimieran y pasaran a los fondos monetarios de guerra, objetivos que perseguía nuestro orador para un equilibrio regional. Por consiguiente, la moral de Demóstenes sirve, en la práctica, en la medida que resulta útil para su política.

Las costumbres de los antiguos atenienses son vistas con recelo por los moralistas actuales, mas no por Demóstenes, quien analiza incluso lo más sórdido de sus enemigos, a fin de

convencer a los atenienses y destacar algunos aspectos morales.

A continuación, expondremos las virtudes que nuestro autor toma en consideración para lograr sus objetivos moralistas.

Deberes. En sus primeros discursos, intercala algunas frases dirigidas a todas las clases sociales: "Tampoco se puede alegar la pobreza, puesto que todos poseen la suficiente hacienda como para aceptaros las liturgias y los demás deberes cívicos (*Contra Alob. I, 24*). ¿Cuáles son esos deberes cívicos de los que habla Demóstenes? Entre otros, tenemos el servicio militar, liturgias, la participación, la acción, etcétera. Recomienda tener siempre fijo el pensamiento en la grandeza de la ciudad (*Ol. III, 26*). "Porque, lo que conviene no es examinar qué cosas podrían suceder, sino advertir que serán desdichadas si no atendéis a los negocios y os negáis a cumplir con vuestros deberes" (*Fl. I, 50*). ¿Cómo van a cumplir con sus deberes? Demóstenes apremia a que manden embajadas a todas partes para ilustrar y exhortar a todos los griegos, pero lo que señala de modo preciso, es que ellos mismos tomen las medidas necesarias. "Porque, según lo que oigo y veo, me persuado que la mayor parte de los negocios se os va de la mano por no querer cumplir vuestro deber y no porque no los captéis bien (*Ol. III, 3*).

El bien de la patria, estará siempre en la valentía, en la prudencia, en las deliberaciones, y en el deber de todo ciudadano que se traduce en utilidad para los negocios públicos (Or. III, 21); también, insta a los atenienses a que cumplan escrupulosamente con su deber (Fif. I, 50 y Or. III, 3).

Así, la utilidad de los negocios favorables a la patria y el pensamiento en la grandeza de la ciudad, son los principales deberes de todo buen ciudadano ateniense (Or. III, 21 y 26). Otro de los deberes de los ciudadanos, sobre todo de la juventud, consiste en la antigua política-moral; por tal motivo, era necesario educar al pueblo, ya que el llamado de los hombres dedicados a la política, no ha servido de nada. Sin embargo, algunos autores de nuestra época, afirman que el conocimiento del derecho era la parte más importante de la educación del ciudadano griego. Para la juventud contemporánea a Demóstenes, el hacer una reflexión sobre la política-moral de los atenienses, constituía un deber.

Justicia. Demóstenes, ya en sus primeros discursos, manifiesta su intención de justificar sus intervenciones en la política: "Porque todos los hombres, ante acusaciones que no son ni verdaderas, ni justas, acostumbramos no el callar sino el protestar al punto" (Contra Espud., 23). "Así pues, yo, oh Conón, yo, cuya palabra hace en todo más fe que la tuya, quise prestar mi juramento acerca de estas injusticias; y no con el objeto de no sufrir el castigo, si es que he hecho al-

go contra justicia o mediante un crimen como tú; sino en confirmación de la verdad y para no ser insultado en adelante, ni tampoco para perjurar en este asunto" (*Contra Con.*, 40). La justicia y la verdad se convertirán en las virtudes por las que nuestro autor luchará constantemente, pues así el ciudadano tendrá una participación más activa. Afirma que la justicia garantiza la estabilidad del régimen esclavista "Por tanto, os ruego, os suplico, ante vosotros me postro y os pido que acordándoos de lo que jurasteis como jueces, me hagáis justicia: no valgan más delante de vosotros las súplicas de éste, que las mías. Sed justos en compadeceros no de los injustos, sino de los que padecen injusticias y son sin motivo infelices; no de los que así tan cruelmente se apoderan de lo ajeno, sino de mí que desde hace ya tanto tiempo estoy privado de mi herencia paterna y me veo sin justicia a causa de éstos, en tan grave peligro de atimia". (*Contra Ajob.* I, 68).

Sus posteriores discursos, sobre todo los políticos, están impregnados de bellos conceptos sobre la justicia, como: la justicia debe hacerse en el momento oportuno; quien no cumpla con la justicia, no dé lecciones sobre el derecho; los principios y bases de la política se encuentran en la justicia; es una desgracia no obtener justicia; si se obra con justicia en las actuales circunstancias, los negocios resultan fáciles, etcétera (*Sobre las Sim.*, 35; *Contra Aristócr.*, 147; *En fav. de Los Rod.*, 25; *Beot.*, I, 40; *Sobre la Emb. Inf.* 184; *En fav. de Los Megal.* 24; etcétera). En otro pasaje, dice:

"Aparte de que más justo es, varones atenienses, irritarse por la maldad de los ricos en bonanza, que no por la de los pobres en estrechez" (*Contra Estef. I. 67*).

Al principio, como rico que era en su juventud, siente más la humillación de los de su propia clase, pues afirma: "Pienso que mi padre gemiría de dolor, si entendiera que la dote y los regalos que hizo a éstos son la causa de que yo, su hijo, me encuentre expuesto a la atimía, y que algunos otros ciudadanos puedan dotar no digo ya a las hijas de sus consanguíneos, sino aun a las de otros ciudadanos pobres: mientras que Afobo ni siquiera la dote de que se apoderó quiere restituir, y eso al término ya de 10 años" (*Contra Afob. I, 68*); señala los padecimientos de su madre, de su hermana y los suyos propios (*Contra Afob. II, 19*); pide respeto a la justicia, salvación (*Contra Afob. II, 20*); incluso, hace mención de que a los héroes muertos sí se les hace justicia (*Contra Lept., 141 y 152*).

Con relación a este último pasaje, Demóstenes afirma que el pueblo ateniense tenía confianza, porque vivía mejor que otros pueblos en los asuntos políticos, pues la política tiene como fundamento la justicia, las virtudes y la magnanimidad, pues afirma: "¡Veréis cuán grandes son las pruebas que hay de esto! En primer lugar, sois los únicos entre todos los pueblos que celebráis honras fúnebres a quienes han muerto por la patria y hacéis discursos sobre sus tumbas en elo-

gio de las hazañas de los varones egregios" (*Contra Lept.*, 141 y 142). En cuanto a la verdad, una de las virtudes más importantes para Demóstenes, la utiliza como sinónimo de justicia y nos da un concepto de ella en el siguiente pasaje: "la razón es que la verdad es por sí misma fuerte" (*Sobre La Emb. Inés.*, 208). También como sinónimo de magnanimidad: "Nadie ha visto en alguna ocasión a alguno que venza a nuestro pueblo en generosidad: tanto exceso ha tenido en las recompensas con que paga bien por bien" (*Contra Lept.*, 141 y 142).

Benevolencia. ¿Con qué otras virtudes morales el ciudadano iba a participar activamente en la vida política de la ciudad griega?. Con aquellas virtudes emanadas de las leyes y de las costumbres, como la piedad, el perdón, el honor y la gloria (*Contra Androc.*, 57 y *Contra Lept.*, 10 y 13). Además, usando los bienes verdaderos como la confianza en los pueblos, misma que sí tenía la *polis* griega, porque vivía mejor que los otros pueblos, tanto en la mutua concordia, como en los asuntos políticos (*Contra Lept.*, 110). La mutua concordia, entre los griegos, consistía en la benevolencia y en la justicia de sus ciudadanos, así como en el celo por el bien de la patria. (*Contra Lept.*, 122 y 123).

Para dar pie a la benevolencia, Demóstenes pensaba en la necesidad de un amor de tipo amistoso, pues afirma: "Dienso que conviene amar y aborrecer hasta cierto punto y no sobrepasar el término medio ni de una cosa ni de otra". (*Contra* --

Aristótes., 122). También habla de la benevolencia en: (*Contra Lept.*, 122 y 123; *Fil.* 1, 45 y *Or.* II, 1).

Otro de los bienes verdaderos, afirma, es la honradez: (*Contra Lept.*, 25). Obviamente, cuando habla de esta virtud, se refiere a puestos del régimen establecido, en instituciones como "bancos", comercios, etcétera, pues afirma: "¿No cesarás en tus procederés y te darás cuenta de que es mucho más útil el ser honrado que no las muchas riquezas?" (*En fav. de Form.*, 52).

Honor. Esta, es una virtud que debe identificar a un buen ateniense: "Y no esquivaron jamás peligro alguno tratándose del honor, sino que pasaban su vida aun derrochando sus bienes personales por ese motivo". (*Contra Lept.*, 10); y añade: "Por otros muchos casos y en particular por los que he referido, podrá cualquiera, varones atenienses, observar que tal ha sido la costumbre de la ciudad: ella no engaña, es honorable y no atiende a la utilidad de las riquezas, sino a proceder con honor" (*Contra Lept.*, 13). En el pueblo ateniense, afirma Demóstenes, encontramos el honor intrínsecamente unido a la fidelidad: "Hombres que no se han manejado con fidelidad ni con uno ni con otro, nunca llegarán a ser fieles aliados vuestros" (*En fav. de los Rod.*, 14). Y de la valentía, inherente al honor, afirma: "Lo difícil, pero necesario, es mostrar la valentía en mitad del peligro, y en el tiempo de las deliberaciones saber aconsejar con mode-

ración cosas más prudentes que las que otros proponen" (*Sobre los Sím.*, 8).

Gloria. Otra virtud, emanada de las costumbres atenienses, es la gloria, como fin último de todas las actividades del ciudadano: "Y ni siquiera se dio cuenta de que jamás nuestro pueblo se preocupó de poseer riquezas mientras que se ha preocupado más que por otra cosa alguna, por la gloria" (*Contra Tímoocr.*, 184), pues afirma que los atenienses siempre se han preocupado más por la gloria que por cualquier otra cosa (*Por La Cor.*, 97; *Contra Lept.*, 10 y *Contra Androc.*, 76). En *Contra Androción* 76, encontramos letra por letra lo mismo que dijo en *Contra Temócrates*, 184; nos da la impresión que muchas veces sólo intercala lo dicho en un discurso con otro, tal vez por el tiempo o por que muchas veces había afinidad en los casos tratados. Y añade con respecto a la gloria: "Es necesario cuidar no solamente de los dineros, sino también de no perder la gloria honorable por la que vosotros os empeñáis mucho más que no por los tesoros" (*Contra Lept.*, 10). También habla de la gloria, y del triunfo como medio para conseguirla, cuando dice: "Con esto, si alguno triunfa, es estimado y ese honor lo hace superior a los demás" (*Sobre La Emb. inf.*, 100), e insiste, "Conviene por eso que los hombres de honor intenten siempre las más gloriosas proezas empujados por las esperanzas hermosas; y luego, que generosamente soporten el éxito que el dios les envíe" (*Por La Cor.*, 97). Para conseguir la gloria, puntua-

liza, hay que triunfar, y el no errar, don es de los dioses
(*Por la Or.*, 290).

Concluye con la siguiente afirmación: "Desde el principio, inmediatamente escogí el camino recto y justo: es a saber, el servir al honor, al poderío, a la gloria de mi patria, aumentarlos, identificarme con mis conciudadanos"
(*por la Or.*, 322).

Con la práctica de todas las virtudes, el ciudadano griego encontrará la felicidad, misma que consiste en el éxito y en el bien deliberar (*Contra Aristócl.*, 113 y *Contra Lept.*, 50), y prosigue: "La mayor parte de los hombres adquirieron la felicidad mediante el trabajo de bien deliberar y no descuidar nada, y en cambio no la quieren conservar mediante esos mismos cuidados" (*Contra Lept.*, 50). El mayor bien, afirma, consiste, en primer lugar, en tener éxito: en segundo, en el bien deliberar (*Contra Aristócl.*, 113). Y añade: "Porque, varones atenienses, sin necesidad de recurrir a ejemplos ajenos, sino únicamente atendiendo a los de familia, podéis llegar a ser felices" (*Op.* III, 24).

De la prudencia afirma: "Porque quien examina lo pasado con el deseo de dañar, ese tal es rencoroso: pero quien lo examina para no padecer el daño sino guardarse de él, éste es prudente" (*Contra Aristócl.*, 193), e insiste: "Pero elegir lo mejor; cuando se entra en deliberación sobre las situacio

nes, no es tan fácil, porque es necesario preferir lo útil a lo agradable, si es que ambas cosas no pueden juntarse". (Of. III, 18). También habla de la utilidad en: (Por la Cor., 190; Fil. II, 5; Contra Aristócr., 147; Of. III, 21; etcétera).

Amistad. Sobre esta virtud, afirma: "Porque en cierto modo yo tengo entendido y opino que quien recibe un beneficio es necesario que lo tenga delante de la memoria a través de todos los años, y que aquél que lo hace, lo olvide al punto, si quieren proceder, aquél como un hombre noble y éste como varón de no bajos sentimientos" (Por la Cor., 269), y prosigue "Y porque no hay amigos ni enemigos por nacimiento, sino que son las obras las que hacen a unos y a otros, concebí la ley que castigáramos como enemigos a quienes hacen obras de enemigos" (Contra Aristócr., 56); "Pero cuando alguno se engrandece mediante la ambición y la maldad, como es el caso de Filipo, el primer revés por pequeño que sea y cualquier pretexto deshace la amistad y todo lo echa por tierra" (Of. II, 9).

Ya en sus últimos discursos, así expresa Demóstenes su ideología moralista; "Argumentos son todas estas cosas, varones atenienses, de justicia, virtud, magnanimidad. No borreís pues, el día de hoy, todos esos timbres de gloria de que la ciudad se ufana a través de los siglos" (Contra Lept., 142). Y añade: "Sino que desde el principio, inmediatamente escogí

el camino recto y justo; es a saber, el servir al honor, al poderío, a la gloria de mi patria, aumentarlos, identificarme con mis conciudadanos" (*Por la Cor.*, 322).

1.2 Los vicios

Los conceptos hasta ahora analizados, son para nuestro autor las virtudes que deben guiar al ciudadano ateniense en el camino de la vida; a continuación, analizaremos los vicios que lo desvían del camino recto.

Corrupción. Demóstenes afirma que algunos atenienses de su época eran impudentes (*Contra Aíob. I, 31*), avaros y escandalosos (*Contra Aíob. I, 38*), como sus tutores, que se habían embolsado todo el dinero que le pertenecía, producto de la herencia paterna (*Contra Aíob. I, 40 y 68*); por eso, también son injustos (*Contra Aíob. II, 18*), y además, calumniadores (*Contra Aíob., III, 57*).

En sus primeros discursos, ya habla de la corrupción, pero desde el punto de vista de la moral, no de la política, hecho que resulta explicable por la diversidad de fines que persigue en cada uno de sus discursos, pues afirma: "Porque los negocios que se llevan con sinceridad y sin malos procedimientos, son sencillos, y tales como fueron en sus comienzos" (*Contra Onet. II, 8*). Posteriormente, para un hombre "recto" como Demóstenes, así lo consideraban sus amigos y simpatizantes, la corrupción es el obstáculo que impide a los políticos dedicarse desinteresadamente a la buena marcha de

la democracia (*Sobre la Émp. inf.*, 1 y 267; *Por la Cor.*, 19).

Ante la crisis de la *polis*, todo ciudadano desea satisfacer sus intereses materiales y, si los filósofos moralistas nada obtenían ante la indiferencia de los ciudadanos, Demóstenes no sólo trata de resolver la crisis contraponiéndose al derroche y a la opulencia, sino que incluso, con gran optimismo, busca una solución inmediata: "Pero, lo futuro es desconocido para todos los hombres, y pequeños incidentes originan grandes sucesos. Por esto conviene ser moderados en las prosperidades y previsores de lo futuro" (*Contra Lept.*, 162), y recomienda no actuar con opulencia: "Pero actualmente en la vida privada tiene cada uno de los que se ocupan de los negocios políticos tal exceso de lujo, que algunos de ellos se han construido las moradas propias con mayor pompa que la de muchos de los edificios públicos; y algunos han acaparado más cantidad de tierras que todos vosotros los que estáis en el tribunal" (*Contra Aristócr.*, 208), ni con derroche: "¿Cuál es pues su esplendor, cuáles sus liturgias, cuáles los respetables gastos hechos por éste? ¡Cier to, yo no los veo! A no ser que alguno se fije en los siguientes: se edificó una casa en Eleusis, tal, que echaba su sombra sobre todas las que hay en aquel lugar; lleva a su mujer a los misterios y a otro sitio cualquiera que se le antoja en un coche tirado por blancos caballos de Sicione; acompañado de otros tres o cuatro, avanza por el ágora empujando a los que encuentran y hablando de copas y de vasos y

de tazas, de modo que los que pasan a su lado se enteran" (*Contra Míd.*, 158). En los discursos *Ol.* 1, 29; *Sobre la Emb. Inf.*, 101, 267 y 275, encontramos ataques dirigidos a los gobernantes que se enriquecen y viven en mansiones. A un corrupto, hay que condenarlo a muerte, si es posible, por que vuelve al hombre irracional e insensato, cosa que no sucedía con los antiguos: "Entonces atrapó Filipo, con armas y bagajes a 500 de caballería traicionados por sus mismos jefes; es decir, tal cantidad cual nunca ninguno había capturado. Y esos que tal hicieron, no se avergonzaban ni de la luz del sol, ni del suelo patrio donde tranquilos permanecían, ni de los templos, ni de los sepulcros, ni siquiera de la deshonra que subsiguio a sus traiciones: así de irracional e insensato vuelve al hombre el dejarse comprar por dinero (*Sobre la Emb. Inf.*, 287). Reflexiones similares encontramos en: *Ol.* III, 29; *Contra Agob.* III, 22; *Contra Aristócr.*, 185 y 208; *Sobre la Emb. Inf.*, 7; *Sobre la Cor.*, 14; etcétera). Y agrega: "En una palabra: es necesario huir de todo lo malo; pero sobre todo, varones atenienses, de esto ¿Por qué? Porque constantemente la envidia ha sido señal de una naturaleza malvada; y quien se deja llevar de ella no tiene disculpa que le merezca el perdón" (*Contra Lept.*, 140). Insiste en que la envidia es lo más bajo de todos los vicios (*Contra Lept.*, 140); en que es muy variable, "Porque, varones atenienses: en las cosas en que intervienen la ira, por el modo de proceder de otros, o el ansia de arrebatarse alguna ganancia, o la cólera excesiva, o la envidia, en ésas cada uno procede de un modo o de otro, según su carácter"

(*Contra Estej.*, 14); en que Grecia está destruida y debilitada por la envidia (*Fil.* III, 39), y añade que a la benevolencia, incluso se le antepone la envidia (*Contra Lep.*, 165).

Concluye afirmando que el colmo de la avaricia de sus contemporáneos es la posesión de su herencia y la tergiversación de sus datos hereditarios (*Contra A Job.* I, 38), pues insiste: "Y Demofón hasta añadió que yo le resultaba deudor. ¿No es esto una enorme y sorprendente imprudencia? ¿No es el colmo de una terrible avaricia? ¿Qué hay que sea escandaloso, si estas cosas no se tienen por el colmo de lo escandaloso?" (*Contra A Job.* I, 38).

Injusticia. La injusticia, dice, trae como consecuencia la infelicidad y la indignidad (*Contra A Job.* I, 68 y *Contra A Job.* II, 18); nuestros antepasados, prosigue, castigaban a los criminales cuando éstos les hacían injusticias (*Contra Aristócr.*, 204), por lo que se debe salvar a quienes padecen injusticias (*En favor de los Megal.*, 15). La injusticia, señala, es el comienzo de todos los males (*En favor de los Megal.*, 24), e insiste al señalar que no hacer nada para que se restablezca la justicia es cobardía (*En fav. de los Rod.*, 28). La injusticia, prosigue, destruye la igualdad de derechos y la libertad (*Contra Mid.*, 124; *Contra Pantenet.*, 2; *Sobre la Emb. inf.*, 55).

Injustos son también los que testifican en falso (*Contra Afob. III, 22 y 57; contra Con., 40*), así como los que inventan noticias (*Fil. I, 49*). Y añade: "Porque no hay cosa alguna con que alguno os haga una injusticia mayor, que diciendo mentiras (*Sobre la emb. inh., 184*), pues señala: "Queda, pues, comprobado también por los testimonios, que no entregaron la dote, sino que para salvar los haberes de Afobo se atrevieron a esos proceder. Porque quienes afirman que en un espacio tan corto de tiempo se hicieron deudores y luego dieron la dote y luego se divorció la mujer y luego no pudieron recobrar su dinero y luego hipotecaron el terreno, ¿cómo no manifiestan claramente que, poniéndose de acuerdo en la maniobra, procuraron privarme de los bienes que vosotros me habíais adjudicado" (*Contra Onet. I, 18*). Dice, también, que injusticia es padecer de ira (*Contra Mid., 41 // 72*).

Señala que a la justicia se le antepone la perversidad, y que algunos elementos de la perversidad indican que los traidores y los bárbaros son más fieles seguidores de ella (*Sobre los Síml., 35*), y concluye: "Cuando todos los demás están preparados para cometer injusticias, cuando pueden, alegar nosotros solos el derecho, pero no hacer nada por que se restablezca, yo no lo juzgo justicia sino cobardía; más aún, cuando veo que todos, según sus posibilidades actuales, están dispuestos a reclamar sus derechos" (*En favor de los Rod., 28*).

Tiranía. Sobre la tiranía y los tiranos dice: "Pero hay una cosa que es común a todos los prudentes y la naturaleza se la ha proporcionado; cosa que es para todos buena y salvadora, pero en especial para las repúblicas delante de los tiranos. ¿Cuál es ella? ¡la desconfianza! (Fil. II, 24), y prosigue: "En cambio, la situación de Filipo, contra quien era la lucha, mirad cómo estaba. En primer lugar mandaba a los que le seguían como un dictador, lo que en asuntos de guerra es lo más importante. En segundo lugar, ellos tenían siempre las armas en la mano. En tercer lugar, abundaban en riquezas y Filipo podía hacer cuanto quisiera sin necesidad de declararlo antes por decretos, sin tener que deliberar en público, sin temor de ser arrastrado a los tribunales por los calumniadores, sin tener que vencer primero en los procesos por ilegalidad, ni dar razón de sus gastos a nadie" (Por La Cor., 235).

Grecia, con la experiencia de la Tiranía de los XXX, siente repugnancia por los tiranos; por ello, Demóstenes quiere convencer a los propios atenienses que identifiquen las características del régimen de Filipo, con la tiranía de los XXX.

2. Aspecto político-religioso

En sus discursos, aparecen otros temas relevantes que no podemos pasar inadvertidos, por su gran trascendencia, sobre todo en la formación de ciudadanos virtuosos y ejempla-

res para la buena dirección de la *polis* griega.

2.1. Las leyes

La mutua concordia, afirma Demóstenes, descansa en las leyes, y agrega que nada hay más útil para una república que las leyes (*Sobre la Emb. inf.*, 283; *Contra Androc.*, 57; *Contra Mid.* 45, 223 y 224 etcétera. También añade: "Que nada hay útil para una ciudad que no posea un azote contra los malvados, nada útil para una república en que la indulgencia y las recomendaciones valen más que las leyes, y que no debáis compadeceros ni de la madre de Timarco, una anciana mujer, ni de los hijitos, ni de otra cosa alguna; sino que sólo debáis advertir que si abandonáis las prescripciones de la ley, no encontraréis quienes os compadecan a vosotros" (*Sobre la Emb. inf.*, 283), e insiste: "Porque el legislador juzgó que todo lo que se lleva a cabo por medio de la violencia es una injusticia pública y va en contra aun de los que están fuera del negocio; puesto que la fuerza es propia de unos pocos, pero las leyes lo son de todos" (*Contra Mid.*, 45).

2.2. El suicidio

El suicidio, para Demóstenes, no es un acto de cobardía como algunos autores afirman en la actualidad, si bien otros le dan un valor extraordinario de valentía y entrega idealistas (romanticismo). Es, para nuestro autor, una más

de las virtudes a que todo hombre debe recurrir para demostrar su entrega idealista, pues afirma: "Y el daño que éste me ha causado ha sido tanto más terrible que el que causó a Euctemón, cuanto que Euctemón lo sufrió en sus bienes temporales; pero yo, si éste hubiera enderezado bien sus tiros por el camino que me atacó, no estaría a estas horas privado únicamente de mis bienes, sino que ni siquiera viviría ni tampoco me hubiera sido fácil abandonar esta vida, remedio común que a todos nos queda" (*Contra Timóca.*, 7). El suicidio, en general, es reprobable desde el punto de vista de la moral, pero puede ser perdonado porque en este caso proviene de una moral pagana y nosotros lo juzgamos con una moral cristiana. Por eso, a veces, hasta es loable dicho recurso. Tal vez Demóstenes, creyéndose un mártir de su patria, recurrió a dicho acto al final de su vida. Según la psicología moderna, Demóstenes se encontraba en una depresión que iba en aumento a medida que se tornaba más aguda su obsesión. ¿Cuál fue esa obsesión de Demóstenes? ¿La no adquisición del total de su herencia? ¿Sus defectos físicos, mismos que finalmente logró superar? ¿El deseo de ser tan famoso como Pericles y Solón? ¿O tal vez, en un plan más honesto, la gloria y perpetuidad de la democracia y de la *polis* griega? o bien, ¿La hegemonía de Atenas en un vasto imperio helénico?

La trayectoria de Demóstenes deja entrever que su frustración, si es que la tuvo, fue la resultante de todos o bien de algunos de los factores que anteriormente señalamos,

pues él mismo se justifica ante el suicidio diciendo: "Los filipistas, una vez apoderados de la ciudad, mandan y tiranizan; y a unos los matan y a otros los destierran de los que antes se habían puesto a sí mismos a salvo sin atreverse a peligrar en bien de la ciudad, dispuestos a castigar a Eufreo como quiera que fuera. Éste se degolló a sí mismo en la cárcel, testificando así con sus obras que justa y limpiamente había resistido a Filipo en bien de los ciudadanos" (FLL., III, 62). Finalmente, a propósito de la muerte, afirma: "Porque para todos los hombres el término de la vida es la muerte, aun en el caso de que alguno la cuide encerrándose en un fanal" (Por La Cor., 97).

2.3 La religión

Con respecto a la religión, respetó las creencias de sus conciudadanos, aun las de sus adversarios. En sus discursos, invoca a los dioses del pueblo con todo respeto: "Comienzo, varones atenienses, por suplicar a todos los dioses y diosas, por una parte, que vosotros me concedáis para el presente proceso la misma benevolencia con que yo voy pasando mi vida respecto de la ciudad y de cada uno de vosotros" (Por La Cor., 1), y añade: "Debiendo, pues, yo, según parece, dar el día de hoy razón, así de toda mi vida privada; como de mis procederes en política, quiero invocar otra vez a los dioses" (Por La Cor., 8).

No culpa a los dioses de las desgracias de los hombres, sino afirma que somos nosotros los únicos culpables, por nuestros actos (*Por la Cor., 208 y 249*). Sobre su tendencia a descargar a los dioses de toda responsabilidad en las desdichas humanas, leemos: "Porque el hecho de que durante la guerra hayamos perdido muchas de nuestras posesiones, quizás podría atribuirse a nuestra indolencia justamente" (*Ol. I, 10*). Pone énfasis en que la responsabilidad histórica por el destino de Atenas, recae sobre los hombros de la actual generación, pues afirma: "Para que veáis, varones atenienses, y caigáis en la cuenta de que nada hay temible para vosotros si sabéis vigilar; y que, por el contrario, nada obtendréis de cuanto deseáis si caéis en el descuido. Y para confirmarlos, que os sirvan de ejemplos, por una parte, la victoria que alcanzasteis del poderío lacedemonio con sólo atender a vuestros negocios, y por otra, la insolencia de Filipo que nos trae perturbados porque no atendemos a lo que nos conviene" (*Fil. I, 3*), y añade: "Si hasta me parece, varones atenienses, que algún dios de los que favorecen a nuestra ciudad, avergonzado de ver lo que está sucediendo, pone acometividad en el ánimo de Filipo" (*Fil. I, 42*). Y así sigue hablando de Dios, o de los dioses, como benevolentes de los hombres: "La clara benevolencia de los dioses para con la ciudad, creo yo, varones, que en muchas cosas se podría advertir, pero nunca mejor que en los presentes sucesos" (*Ol. II, 1*), y añade: "porque yo creo que a donde

quiera que vaya una parte de los ciudadanos en expedición militar, aunque no vayan todos, allá milita en su favor la benevolencia de los dioses y nuestra fortuna" (*Fil.* I, 45). No se menosprecia la erudición del maestro Ramírez Torres quien, llevado por su religiosidad, sostiene la tesis absurda y anacrónica de que Demóstenes deja entrever un monoteísmo semejante al cristianismo. Entre otras frases, se apoya en ésta: "Pues ya muchas veces me ha ocurrido el temor de que sea algún ser superior el que viene empujando los asuntos" (*Fil.* III, 54); Sin embargo, el mismo Demóstenes da la pauta para refutar tal opinión: "Mas, por Zeus y los demás dioses" (*Fil.* III, 54); y en: "Ahora, en cambio, con el favor de los dioses" (*Contra Ajob.* III, 1). *Cfr.* (*Contra Aristócr.*, 186; *Contra Lept.*, 167 y *Contra Mid.*, 198).

Sin duda, Demóstenes refleja el escepticismo religioso imperante en la época, producto de las filosofías y poética emanada de la libertad individual; porque en ningún párrafo de sus discursos encontramos exhortaciones a la fe religiosa.

Parece que existe para todo ateniense un momento propicio, o una ocasión en la vida que, si no es aprovechada, los dioses o el destino se vuelven fatales y trágicos y esa circunstancia es independiente de los dioses. En la *Primera Olinthaca*, pone énfasis en una tesis única, que

enuncia así: "No conviene pues, varones atenienses, despreciar una tal oportunidad que se nos entre por las puertas" (*Ol.*, 1, 8), y agrega: "Y desde luego, varones atenienses, la presente ocasión, a veces está exigiendo que personalmente os ocupéis de los negocios de Olinto, si es que os preocupa vuestra propia seguridad" (*Ol.* 1, 2). Parece, pues, que nuestro autor trata de activar a los ciudadanos, en una realidad apartada de los dioses.

El problema de la participación de los dioses en los asuntos del hombre, se da en forma paralela a la idea de la fortuna o destino; sin embargo, el *kairós* (la oportunidad propicia) aparece entrelazado con estas ideas. Resulta, pues, que no se debe culpar al destino por los propios infortunios, sino a las propias acciones del hombre, como se puede ver en: *Ol.* 1, 1, 7, 8, 9 y 11.

2.4 La fortuna o destino

En las épocas trágicas, el hombre se encuentra solo ante la vida; entonces es cuando florecen las filosofías "racionalistas" e "ilustradas". La época de Demóstenes fue trágica, porque Atenas atravesaba por una crisis ideológica, y sobre todo, porque pierde su hegemonía como potencia militar. Las filosofías arriba mencionadas, tratan de responder a esta pregunta: ¿qué es esa fuerza extraña que todo lo aniquila, arrebatada y deja al hombre ante un enigma?

De esta pregunta, surge la tragedia, pues del penoso reflexionar sobre el enigma, resulta la exposición de los golpes de la vida humana, tan duros y frecuentemente tan inexplicables (*Edipo Rey*). Si para el mundo cristiano la explicación es Dios, para los griegos es el destino trágico que está sujeto a Zeus y, lo que lo hace más trágico aún, es que sobre el mismo Zeus impera el destino, como lo vemos en Homero y en los grandes autores trágicos. Para Demóstenes, todo lo explica la *Tyché*, pero, para nuestro autor, ¿qué significa este término? ¿el azar, la suerte, la fortuna buena o mala, la dicha, la desdicha, el éxito, el fracaso, la prosperidad, la adversidad? El concepto de fortuna, a la que todos estamos sujetos, parece ser el que más se acerca al concepto demosteniano de *tyché*, pues al respecto, establece tres principios:

1. La *tyché* es una fuerza que se presenta insensata, ciega como en las tragedias de Eurípides. La fortuna frustra todo el ingenio del hombre (*Ch. por la Cor.* 252). La fortuna tiene gran peso, pero es poco accesible al hombre, pues afirma nuestro autor: "Si pues, alguno de vosotros, varones atenienses, viendo a Filipo de tal modo prosperar, lo juzga difícil de combatir, cierto es que calcula como hombre prudente; porque gran peso es, más aún, lo es todo en los negocios humanos, ésa que llamamos fortuna" (*Op. II*, 22). La buena fortuna, la que engendra la felicidad, se

torna inalcanzable. pues, para el hombre .

2. El problema de la fortuna, lo enfrenta Demóstenes en la *Primera Olinziaca*, en el año 349 a.C., cuando afirma: "Sólo que nos está pasando lo que sucede en la adquisición de las riquezas: que si alguno logra conservar a salvo todo lo que adquiere, su agradecimiento a la buena fortuna no tiene límites; pero en cambio, si lo va perdiendo sin darse cuenta, también se olvida de la gratitud por lo adquirido" (*Ol. I*, 11). De la mala fortuna, habla en (*Sobre La Emb. Ing.*, 317); de la buena, en (*Por La Cor.*, 18, 194, 254 y 263), y de la inconstancia de la fortuna, en (*Por La Cor.*, 207). Lo que nosotros llamamos genio de Filipo, para los griegos era su fortuna; la idea de que cada personaje tuviera su propia fortuna, fue muy aceptada durante siglos. Sólo que Demóstenes no cree en la fortuna de Filipo, pues su fe opta por la fortuna de Atenas. Pero, ¿Quién vence?, Filipo; ¿por qué?, ¿por el peso de la fortuna? Demóstenes concluye que puede más la fortuna de Atenas y que ésta acabará por vencer; sin embargo, todos sabemos que ganó la fortuna de Filipo, es decir, su genio militar y político. En busca de la explicación de este hecho, se plantea la siguiente pregunta: ¿acaso los dioses castigaron a los atenienses?

3. Muchas veces, para contrarrestar la mala fortuna, la divinidad otorga dones que se suman a la benevolencia de

los dioses (Cár. Ol. I, 10). La buena *tyche* de Filipo es ampliamente reconocida, pero Atenas se encuentra bajo la protección de los dioses (Cár., Ol. II, 1). La fortuna se puede adquirir con raciocinio, pues afirma Demóstenes: "La mayor parte de los hombres adquieren la felicidad mediante el trabajo de bien deliberar y no descuidar nada" (*Contra Lept.*, 50), y añade que debemos aprovechar en lo posible nuestra fortuna (*Por La Cor.*, 18). También afirma: "Convig^{ne}, por eso, que los hombres de honor intenten siempre las más gloriosas proezas empujados por las esperanzas hermosas; y luego, que generosamente soportan el éxito que el dios les envíe" (*Por La Cor.*, 97), pues si algún hombre no tiene honor, no tendrá éxito y por lo tanto no hay éxito enviado por el dios gratuitamente. Si hay hombre de honor, hay éxito, pues insiste: "Vuestras desgracias dependen de vosotros mismos y no de la inconstancia de la fortuna" (*Por La Cor.*, 207). Con estas últimas citas confirmamos, en conceptos modernos, que son las acciones de los ciudadanos las que forjan su propio destino.

Establecidas estas premisas, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

a) Es el hombre el que forma su propia fortuna, pues dice nuestro autor: "De modo que el haber escogido el proceder más honroso y una política mejor que la de los mismos

helenos que creyeron encontrar su bienestar, si nos abandonan delante de Filipo, y lo atribuyo a la buena fortuna de la ciudad" (*Por la Cor.*, 254). El haber escogido (el razonar), trae como consecuencia la buena fortuna de la ciudad, pues continúa: "Has dejado a un lado aquellas cosas de las que se podría culpar a la indigencia, voy a tratar de las inculpaciones que mereces por tu modo de ser" (*Por la Cor.*, 263). Es decir, mientras se razona, la fortuna brinda a los atenienses posibilidades; como las oportunidades propicias, pues dice: "Y desde luego, varones atenienses, la presente ocasión, a veces está exigiendo que personalmente os ocupéis de los negocios de Ulinto, si es que os preocupa vuestra propia seguridad" (*Ol.* I, 2).

b) El destino otorga buena o mala fortuna a los hombres. Si no existiera el destino, el hombre no actuaría y su vida sería nula. ¿La estabilidad del hombre, la da el destino? Para Demóstenes, si no se aprovecha la ocasión, no hay fortuna; si no se delibera, ni razona para seguir lo mejor y lo más útil, no habrá buena fortuna. Por lo tanto, concluye Demóstenes, para cambiar el destino, sólo una cosa es importante: reflexionar.

c) Para nuestro autor, la fortuna no es un dios. Ciertamente la fortuna existe. Brinda a los atenienses una última posibilidad, pero debe distinguirse del destino, cosa difícil en la lectura de sus discursos, porque aparece mezclada con el destino.

CAPÍTULO SEGUNDO
REFLEJO Y RECREACIÓN DE LA POLÍTICA ATENIENSE

Demóstenes sostiene que Atenas debería luchar por salir de la crisis de los años 340-360 a.C., aproximadamente, para regresar a sus glorias pasadas; así, aboga por una política más activa en sus discursos *En favor de los megalopolitanos* y *En favor de la Libertad de los rodios*. La libertad democrática, originada y cultivada en Atenas, será uno de los conceptos más ampliados en sus discursos, así como el contrario: el totalitarismo personificado en Filipo. Pero lo que más anima a Demóstenes en esta lucha, es la propia seguridad de Atenas, cuya consecución sólo será posible si se logra que los ciudadanos sean mejores. Así, para Demóstenes, el problema de la regeneración moral de los ciudadanos se torna más importante que el de la evasión política. Por eso, arremete contra Filipo, modelo que no se debería imitar para la consecución de una verdadera democracia, pues la política debe fundamentarse en una buena moral. Nuestro autor asume el papel de consejero, porque se propone abatir la apatía del pueblo ateniense, mediante la política y las hazañas gloriosas de los antepasados. Trata, pues, de orientar y educar al pueblo con prudentes consejos, como se puede ver en, *Sobre las Sam.*, 8, y agrega: "Digo que basta con esa fuerza porque nosotros, varones atenienses, no podemos por ahora aprontar un ejército

que se enfrente con el suyo, sino que necesitamos a los principios hacer una guerra de guerrillas" (*Fil.* I, 23); Asimismo, prefiere aconsejar lo que será más útil (*Contra Fil.* I, 57)

Repasaremos, a continuación, algunos de los temas que Demóstenes aconseja con mayor insistencia en sus discursos.

1. La democracia

El concepto de democracia en Demóstenes, coincide con el nuestro, pues la define como el régimen en el cual se tienen todos los derechos para los ciudadanos, en igualdad social. Sin embargo, afirma que a él se le han hecho injusticias, específicamente en lo que concierne a los asuntos de herencia, y de ello se queja con amargura. Pero dice que Solón, entre otros, instituyó las leyes que rigen la democracia ateniense, y que gracias a ellas se pueden descubrir las infamias. Sin embargo, el pueblo puede, por error, caer bajo la tutela de hombres elocuentes, nefastos y atrevidos, gracias a la libertad de que se goza, y el pueblo, por ellos conducidos, podría equivocarse en muchos casos (*Contra Androc.*, 31, 32, 47 y 67) y añade "Si queréis examinar los motivos por los que todos prefieren vivir en democracia más bien que en oligarquía, el primero que se os ofrecerá fácilmente será que en la democracia hay más suavidad de costumbres" (*Contra Androc.*, 51 y *Contra Timoc.*, 163). Afirma que la democracia es la libertad de los pue-

hlos (*Contra Lept.*, 107), y agrega: "Mientras que entre nosotros es el pueblo el gobernante y existen imprecaciones y leyes y resguardos con el objeto de que nadie más asuma el poder" (*Contra Lept.*, 107).

Por consiguiente, como un verdadero impugnador de las oligarquías, se manifiesta en los siguientes conceptos: la oligarquía es servidumbre (*En favo. de Los Rod.*, 19); en cambio, quienes buscan la democracia, buscan la libertad (*En favo. de Los Rod.*, 20); asimismo, señala: "Porque las leyes han concedido en las democracias una común participación de derechos a los particulares y por igual a débiles y fuertes" (*En fav. de Los Rod.*, 29), y prosigue: "Y, en general, yo creo que la tiranía no es cosa de que puedan fiarse las repúblicas y mucho menos cuando aquélla limita con éstas" (*Ol.* I, 5). En las guerras, dice, los premios son para todos (*Ol.* II, 28). Los antepasados, afirma, eran seguidores de la democracia: "Es necesario abandonar estas formas de proceder; de modo que, siendo ahora, como lo erais antes, señores de vosotros mismos, procuréis que sea común a todos tanto el deliberar como proponer decretos y el ponerlos por obra" (*Ol.* II, 30), y agrega: "Así los males de los pueblos y de las tiranías permanecen invisibles para los más, mientras pelean vigorosos en el exterior. Pero si se enciende una guerra intestina, entonces todas las lacras aparecen manifiestas" (*Ol.* II, 21). También afirma: "Pero, varones atenienses, es necesario tener en cuenta que mucho

más distan de las democracias las oligarquías a causa de sus mismos principios, que no las democracias entre sí, cualquiera que sea el motivo del distanciamiento que éstas tengan" (*De las Finanz.*, 7) y prosigue: "y por lo que mira a las casas particulares de los que estaban constituidos en el poder, eran tan modestas y conforme con lo que pide la democracia" (*De las finanz.*, 29), pues, concluye: "La causa de todo es que en aquellos tiempos era el pueblo el señor soberano" (*De las finanz.*, 31).

En algunos casos pues, como vimos en las citas que anteceden, recurre al concepto de democracia para "agitar" (*Cf. W. Jaeger, Demóstenes, pág. 84*) a las masas y poder conseguir sus propósitos: hace mención especial a la democracia de antaño, que buscaba la justicia y la participación ciudadana en las cuestiones políticas, como la democracia de Solón, para conmovier a todos sus contemporáneos y así buscar una motivación. Cabe señalar que esto no es propio de Demóstenes, pues era un recurso, muy frecuente en su época, utilizado por sofistas, filósofos y otros.

En alguno de sus discursos señala: "Es conveniente que vosotros, varones atenienses, que sois el pueblo, despreciando todo eso, decretéis y llevéis a la práctica las cosas que creáis convenir para el bien de la ciudad" (*Sobre el Quers.*, 1). Por eso afirma, el principal enemigo de Filipo es la democracia (*Sobre el Quers.*, 140; *Fil.* IV, 4), etcé-

tera, y añade: "De modo que yo no me apenaría de afirmar que me parece más conveniente que pelemos contra todos los Estados griegos, pero constituidos en democracias, que no el tenerlos como amigos, pero constituidos en oligarquías. Y esto, porque creo que con hombres que viven como libres no es difícil de hacer las paces, cuando vengan bien; pero con los oligarcas, ni aun la misma amistad la creo segura. Me parece imposible que los oligarcas lleguen a ser benévolos con el pueblo, puesto que ellos buscan el mandar, y las democracias el vivir en igualdad" (*En fav. de Los Rod.*, 18).

Además de estos conceptos sobre la democracia, Demóstenes compara algunos vicios y virtudes en relación a ella. Si existe algún impudente, atrevido, ladrón, arrogante, no puede manejar los asuntos políticos en una democracia (*Contra Androc.*, 47), pues afirma: "Mas por lo que mira al verdadero honor y su perpetuidad, encontraréis que son mejores las recompensas que conceden las democracias (*Contra Lept.*, 15). Señala que es el pueblo el que gobierna, y existen leyes con el objeto de que nadie más asuma al poder (*Contra Lept.*, 107), y agrega que "Cada uno cree que en el régimen democrático participa el de la igualdad de derechos y de la justicia" (*Contra Mid.*, 67).

Con estas ideas sobre el concepto de democracia para Demóstenes, podemos sacar algunas conclusiones sobre dichos conceptos, válido para la época de nuestro autor, para noso

tros y para quienes antecedieron a nuestro personaje: democracia es el régimen donde todos tenemos igualdad de derechos, de palabra, de acción, etcétera (*Por la Cor. Trierárq.*, 11); quien gobierna o dirige los destinos de un régimen democrático, debe ser un ciudadano virtuoso e inteligente (*Contra Andóc.*, 47); es el pueblo el gobernante, y existen leyes que protegen todo esto (*Contra Lept.*, 107); éstas, las leyes, ordenan proceder de una manera humanitaria (*Contra Timócr.*, 24) y regulan nuestras relaciones sociales de convivencia (*Contra Timócr.*, 192).

Cabe señalar, sin embargo, que la democracia no surgió con Demóstenes, pues aquélla antecedió a éste por varios años, tuvo su clímax en la época de Pericles, y nuestro autor recoge muchas de sus secuelas.

Relacionada con la democracia, encontramos la ley o las leyes que los griegos heredaron de sus antepasados. Aunque ya hablamos de las leyes al hablar de las virtudes, en este apartado nos ocuparemos de su estrecha relación con la democracia. En las democracias, afirma Demóstenes que no debe haber injusticias, y para evitarlas, hay que cumplir con las leyes que fueron instituidas por hombres como Solón (*Contra Andóc.*, 30). Se refiere, sobre todo, a aquellas leyes que obligan a los deudores al pago de sus deudas, pues siempre inicia estos conceptos recordando su problema

de herencia. En efecto, afirma: "Pero nadie vaya a sospechar que yo sostengo que no se ha de obligar el pago a los deudores: ¡eso es necesario! mas, ¿de qué modo se les ha de obligar? ¡Como lo ordena la ley: es decir, en favor de los demás, puesto que eso es lo democrático!" (*Contra Androc.*, 57). Las leyes, agrega, se hicieron con contenido de piedad, perdón y todo lo que a hombres libres conviene (*Contra Androc.*, 57), pues afirma: "De todos modos, reflexione en primer lugar que va a dar su voto respecto de una ley a la que luego será necesario sujetarse si ahora no se abroga; y en segundo lugar, que las leyes malas destruyen a las ciudades que se creen mejor fundamentadas (*Contra Lept.*, 49 y 91); (*Contra Timócr.*, 59, 95 y 215). Poco a poco, ya en sus primeros discursos, se encuentra un acercamiento a la política, debido a que utiliza mucho el tema de la justicia y el derecho que lo van acercando, primero, a problemas internos del régimen, mismos que posteriormente le darán la pauta para que se dirija a la política externa, pues señala: "Mientras que entre nosotros es el pueblo el gobernante y existen imprecaciones y leyes y resguardos con el objeto de que nadie más asuma el poder" (*Contra Lept.*, 107 y *Contra Timócr.*, 152). Apoyándose en las leyes, encontramos uno de los pensamientos fundamentales de Demóstenes: que Atenas debería hacerse poderosísima (*Contra Lept.*, 154), y que esto se pueda conseguir educando al pueblo para que los ciudadanos sean honorables y no perversos, gracias a las

leyes que dan honores a quienes proceden bien, y castigos a quienes obran mal (*Contra Lept.*, 154 y ss.). Afirma que la ley, para discernir entre lo uno y lo otro, establece el juicio que debe distinguir o diferenciar entre acusados y condenados (*Contra Aristócr.*, 36 y 76; *Contra Tímocr.*, 2); entre amigos y enemigos (*Contra Aristócr.*, 56), y así llegamos a lo que se podría llamar demagogia patriótera, pues afirma: "Y que ningún decreto ni de la *boulé* ni de la Asamblea tenga más valor que la voluntad del pueblo" (*Contra Aristócr.*, 87).

Finalmente, señala, que la causa principal del bienestar del pueblo y de la libertad democrática, es la ley (*Contra Tímocr.*, 5), puntualizando que las leyes atenienses no ordenan nada cruel ni violento, ni que tienda a la oligarquía, pues ordenan proceder de una manera humanitaria y democrática (*Contra Tímocr.*, 24 y 75). Al efecto, señala: "¿Cuál es pues la única defensa justa e incommovible de las leyes? ¡Vosotros! ¡El pueblo! (*Contra Tímocr.*, 37), y agrega: "Porque son las leyes las que salvan la ciudad" (*Contra Tímocr.*, 156), y concluye: "Las leyes son las costumbres de la ciudad" (*Contra Tímocr.*, 210). Para fundamentar y poder llevar a cabo sus ideales de grandeza y hegemonía ateniense, insiste en que las leyes deben versar sobre dos géneros de cosas: por un lado, las que regulan nuestras

relaciones sociales y de conveniencia; por otro, las que señalan el modo como hemos de proceder en el conjunto de la política, siempre y cuando profesemos nuestra preocupación por el bien de la ciudad (*Contra Timóca.*, 192). Por eso, dice que es mayor crimen falsificar leyes, que monedas (*Contra Timóca.*, 214). y concluye: "Además, si justamente glorificáis a Solón y a Dracon sin otro beneficio público que el de haberos instituido leyes justas y benéficas, razonable será también, creo yo, que se vea cómo os mostráis severos y castigáis a quienes proponen otras leyes contrarias a las suyas" (*Contra Timóca.*, 217).

2. La unidad griega

Demóstenes propone la unidad griega, como una medida para contrarrestar el pacifismo de los hombres de gobierno de aquella época (Eubulo, Androción, etcétera), quienes estaban a favor de la no intervención en los asuntos externos. Nuestro autor pensaba en el resurgimiento de Atenas y proponía una participación más activa en los sucesos internacionales, con el fin de proporcionar la unidad. Necesitaba un pretexto de suma importancia, que el propio destino le proporcionó con la intervención de Filipo. Al mismo tiempo, describe los hechos que pueden romper esa unidad o podían dificultarla (*Cón. En fav. de los Megal.*, 22).

Filipo de Macedonia intenta unir a todas las *polceis*

griegas en contra del enemigo común, Persia; Demóstenes, por su parte, opone a este "frente" la unión de los griegos en contra del rey de Macedonia, en busca de la independencia nacional (Fíl. IV, 33 y 34), expone su panhelenismo antimacedónico y explica que el único peligro que existe no es Persia, sino Filipo de Macedonia.

Atenas está circundada de *poléis* que apoyan a Filipo, y por eso es necesario que dichos aliados se pasen al lado de los atenienses (Fíl. II, 17 ss.) El mismo Demóstenes lucha por todos los medios para apartar de Macedonia a los griegos del Peloponeso (Fíl. VI, 19 ss). Los inicios del panhelenismo, se perciben ya en los siguientes discursos: (Fíl. II, 2, 8, 10 y 12; Sobre el Quers., 46, 49 y 55 y Fíl. III, 20, 25, 28 y 36). Tebas es el obstáculo más fuerte porque ha sido, a través de la historia de Atenas, una ciudad hostil a la democracia ateniense; Demóstenes, sin embargo, logra persuadir a los tebanos para que apoyen la unidad griega y ataquen al macedonio (Por la Cor., 174 y 179); sin embargo, para muchos autores, esto sucede demasiado tarde. Conviene señalar que Demóstenes siempre tiene en mente los propios intereses de los atenienses (En fav. de los Megal., 1 y 4), entre otros, que Atenas debería acaudillar la unión de los griegos contra Macedonia, con el propósito de seguir con las tradicionales políticas de las glorias pasadas, sobre todo, porque Atenas es la *polis*, y todo lo demás es útil, si es necesario a la *polis*, sobre todo si implica-

protección, defensa y perpetuación de la democracia y la libertad.

Además de la pérdida de la patria y de las instituciones democráticas, Demóstenes recela de la esclavitud, pues dice: "No hay igualdad de benevolencia entre los Estados ni para con nosotros ni para los Tebanos, tratando cada uno de ser salvo y dominar a los demás; pero, tratándose de salvarse todos, sí lo quieren por interés propio; porque ninguno quiere que se alcen señores que dominen a otros y luego los sujeten a ellos mismos" (*Por la Paz*, 17). La esclavitud es la hija de la tiranía, afirma, y por eso nada hay más útil para las repúblicas que el evitar que algunos dominen a los demás (*Sobre la Emb. Ing.*, 296), pues a pesar de que la democracia esclavista exista en Atenas, insiste en que sus ciudadanos dicen lo que quieren con más licencia que los de otros países (*FlL. III*, 3), y concluye afirmando que, unidos a la esclavitud, van el deshonor y los ultrajes (*Por la Cor.*, 205).

La unidad griega es posible, pues existe un enemigo común, Filipo, rey de Macedonia, o el rey de Persia quien debilitado por constantes rebeliones de sus sátrapas, aproximadamente en el año 340 a.C., ya no hace ninguna presión, ya no tiene pretextos para atacar a los griegos, por lo tanto, queda una sola persona de temer, Filipo. Al respecto, dice Demóstenes: "Por mi parte, juzgo que es él un enemigo

común de todos los helenos; mas no por esto os exhortaría yo a declararle la guerra sin los otros helenos" (*Sobre los Sílm.*, 3). Esto sucede, en efecto, cuando nuestro autor habla como representante político de su propia casa, y con cuya ayuda Eubulo se proponía reconstruir el estado (Cfr. *Jaeger, Demóstenes*, pág. 99). En los inicios, Filipo sólo era un bárbaro en la concepción de Demóstenes, un iluso que pretendía burlarse del poderío ateniense: sin embargo, poco a poco va cambiando la figura del bárbaro, tornándose más fuerte y poderoso; Filipo cuestiona el poderío ateniense y hace reflexionar a los griegos; finalmente, Atenas se ve de pronto incapacitada para detener al incipiente imperio macedónico. De ahí que, Demóstenes, con la unión de las *poleas* griegas, no solamente podría presentarle batalla al ambicioso Filipo, sino que incluso llegaría a borrar todo indicio de su imperio. Más aún, como él mismo observa, los helenos necesitan a alguien que voluntaria o involuntariamente los obligue a cambiar en unión sus actuales discordias (*Sobre las Sílm.*, 40).

La idea de la "Concordia" antecede a la época de nuestro autor. La particularidad de Demóstenes consiste en alentar a Atenas, y a Grecia en general, a luchar en contra de Filipo. Demóstenes pertenece al partido antimacedónico, pero ¿qué pensaban los pro-macedónicos? Recurrimos a uno de sus principales representantes, Isócrates, quien en su *Tercera Carta a Filipo*, felicita a éste por haber realizado

la unidad panhelénica, condición indispensable para llevar a cabo una gran cruzada contra Persia (Cfr. Rafael Ramírez. *Demóstenes*, pág. 235., Tomo I).

3. El pasado glorioso de Atenas

Demóstenes estaba convencido de que Atenas debería tomar un papel más activo en la vida de los estados griegos. En sus discursos *En favor de los megalopolitanos* y *En favor de la libertad de los rodios*, encontramos esta idea bien definida. Así, en sus primeros discursos, nuestro autor sigue la evolución del mundo como un simple espectador, pero si los acontecimientos exteriores favorecen o prometen un futuro halagador para Atenas, de inmediato se convierte en activista a través de sus discursos. Luego, Demóstenes aborda problemas exteriores relacionados con intereses internos, como son: el problema del Peloponeso, el de las futuras relaciones con los estados de la antigua liga marítima y el problema de la Grecia Septentrional.

Demóstenes, movido por su patriotismo, cree que Filipo concede a los atenienses mucha importancia, como se puede ver en: *Or.* I, 3; *Fil.* I, 40; *Fil.* II, 16 ss; *Sobre el Quers.*, 43 ss y *Sobre la Emb. Ing.*, 64; asimismo, trata de recordar las glorias pasadas de Atenas, con el propósito de estimular, con los ejemplos, la aptitud de sus conciudadanos.

En definitiva, como aparece en sus discursos *En favor de los magalopolitanos y en favor de la libertad de los no-dios*. Demóstenes aboga por una política más activa, en la que Atenas debe luchar por obtener un papel de líder en la vida de los estados griegos. Todo lo que él pretendía era de utilidad para la patria, sin importarle que fuera mal visto por sus enemigos atenienses, con tal de quedar bien con su ciudad (Oel. III, 21).

Lo más importante para preservar el suelo ateniense, y sobre todo la parcela del campesino, es no permitir que Filipo pise el suelo del Atica (Oel. I, 24 y 27; Fil. III, 49 y 51; *Por la Cor.*, 145), y agrega: "Puesto que la guerra contra el bárbaro no es por otro motivo que por la patria, la vida, las costumbres nacionales, la libertad y todo su cortejo" (*Sobre las Sim.*, 32).

Lo que es honroso y provechoso para la patria debe serlo, también, para los actos jurídicos (*Por la Cor.*, 8); se señala, también, que la patria siempre ha luchado por la preeminencia, el honor y la gloria (*Por la Cor.*, 66); que en el teatro y en las tribunas, se enaltecen los valores patrióticos (*Por la Cor.*, 68), y toma ejemplos de la historia de Atenas, para demostrar la antigua incorruptibilidad y el sentido de la libertad del pueblo (Fil. III, 41 & 42).

Con base en lo que antecede, percibimos que el naciona-

lismo de Demóstenes estaba bien definido, y que era grande su amor por su patria, Atenas, la polis democrática.

El reproche de nuestro autor a la política y a la actitud de los atenienses, va dirigida a la apatía por la política de parte del ciudadano, pues señala que prefieren gastar dinero en fiestas dionisiacas y panateneas, pero no así para las expediciones militares (*Sobre el Quers.*, 22 ss). Pero eso no es todo, sino que ni siquiera participan personalmente en dichas expediciones; tampoco contribuyen al fisco y mucho menos a la contratación de soldados mercenarios (*Sobre Quers.*, 24 ss), y agrega: "La causa de todo esto es que algunos políticos os han dispuesto en tal forma que en la *ekklesiasois* temibles y difíciles, mientras que en la preparación de la guerra sois perezosos y despreciables". (*Sobre el Quers.*, 32). También encontramos reproches a la política de Atenas y a los atenienses en: *Ol.* II, 4, 23 y 29; *Ol.* III, 11 y 22; *fil.* IV, 76; *Sobre el Quers.*, 23 y 38; *fil.* I, 11, 21 y 32).

Filipo no es grande por su fortuna o buena suerte; es grande en la medida en que crece la apatía de los atenienses por la política y cuestiones militares.

En fin, señala que el punto de partida de todo pensamiento político es Atenas (*En fav. de los Megal.*, 4) y que el elemento histórico de su patria es muy importante, como se puede comprobar en muchos de sus discursos; también seña

los hechos de los antepasados, las aspiraciones, las costumbres, la mentalidad, los ideales de Atenas y de Grecia, etcétera (Por la Cor., 46 y 208 y Oel. III, 23 y 26).

La grandeza de Atenas en el pasado fue, para Demóstenes, lo que lo impulsó a mover al pueblo, lo que lo movió a tornar activos a sus conciudadanos. Es aquí donde surge el "modelo" de la paidea griega de la que nos habla Jaeger, pues esta era la finalidad de toda la educación ateniense, ya que era un deber de todo buen ciudadano, el seguir como "modelo" a los héroes del pasado. Se puede decir, como sostiene Jaeger, que su pensamiento se reduce a la recuperación política de Atenas.

4. La política exterior y la unificación final

En los discursos *En favor de la libertad de los reinos* y *Sobre la organización de las finanzas*, de alto contenido democrático, Demóstenes plantea la política de aislamiento de Atenas, consistente en una juiciosa y prudente oferta de apoyo a los estados dispuestos a aliarse.

Atenas guardaba una actitud pasiva, en momentos en los que sin duda habría podido aprovechar las circunstancias propicias en el ámbito internacional, para convertirse en un estado activo cuya participación resultaba necesaria, si quería volver a su antigua gloria. En los discursos

En *Sobre las Simoñas*, nuestro autor aún se muestra reacio de tomar parte activa en la política exterior, tal vez porque el gran rey se mostraba indiferente a Atenas. Lo que debía interesar a los atenienses, era aprovechar cualquier ocasión que se ofreciera para salir de su situación caótica y volver a desempeñar el papel activo que entre los griegos había tenido en épocas pasadas.

El equilibrio político de los Estados griegos surge como una preocupación de los gobernantes atenienses que tenían una actitud pacifista, y quienes tal vez pensaban que con el tiempo renacería el poderío ateniense. Al respecto, señala nuestro autor: "Vosotros sabéis como no conviene a la ciudad que se robustezcan ni los Tebanos ni los Lacedemonios; sino que aquéllos tengan a los Focenses y éstos a cualquiera otro como contrapeso; puesto que de esa situación os viene el que vosotros habitéis con seguridad porque sois más poderosos" (*Contra Aristóteles*, 102). También cuando ahoga en favor de los megalopolitanos, toma en consideración el equilibrio, como se puede ver en el discurso que pronunció en defensa de éstos (*Contra En fav. de los Megal.*, 29 y 32).

En el año 352, afirma Ramírez Torres, "Filipo ambicioso toma Olinto y comienza sus preparativos. Sitia a Hieron Teijos, junto al Quersoneso, en noviembre. En Atenas el pacifista Eubulo domina por completo en la política y se

dedica a la administración. Olinto sospecha de Filipo y envía una embajada a Atenas para ajustar una alianza, pero es rechazada porque Eubulo teme exaltar a Filipo. El partido Filipista comienza a crecer en Atenas. El reyezuelo Quersobleptes, abandonado también por Atenas, se entrega en manos de Filipo. Este cae enfermo en el invierno, pero se restablece pronto" (Cf. Ramírez Torres, Rafael, pág. 677. tomo II). Nos encontramos, pues, con la existencia de dos partidos: el oficial, donde encontramos a Eubulo y sus colaboradores que desean una política de restablecimiento económico a nivel interno; el otro, el partido opositor, donde se encuentra Demóstenes, quien desea lo mismo, sólo que con otros medios; en efecto, piensa que se debe intervenir, en forma moderada, en los asuntos políticos del exterior (En fav. de Los Megal., II ss).

La idea del equilibrio, preconizado por Calístrato, quien tuvo en sus manos las riendas de la política ateniense después de la Paz de Esparta, en 371, servía de pauta a Demóstenes para seguir su trayectoria política. Había que unir los intereses de las tres potencias que imperaban y que tenían cierta influencia sobre las otras *poleis*: Tebas, Esparta y Atenas. Así, en sus primeros discursos, aboga por una alianza de Atenas con Arcadia y Mesenia, que habían sido apoyadas por Tebas, en contra de Esparta. Al debilitarse Tebas, aquéllas pasarían a la órbita de Esparta, lo que haría de ésta la potencia más fuerte, y Tebas

acabaría por sucumbir. En su discurso *En favor de la libertad de los rodios*, interviene en favor de los rodios democráticos que luchaban contra la tiranía del rey Cario. No fue escuchado, porque Rodas desempeñó un papel definitivo en la separación de los antiguos confederados de Atenas. En los años posteriores, Arcadia, Mesenia y Rodas se unieron a los enemigos de Atenas, por la falta de visión política de los atenienses.

La política de equilibrio de nuestro autor, se ve una vez más reflejada en su discurso *Contra Aristócrates*, en el año 352, donde trata de asegurar para Atenas los Dardanelos, ya que estos estrechos eran de vital importancia para la economía de la ciudad. Procura hacer un equilibrio de poder entre los tracios, porque varios príncipes hermanos se dividían entre sí el reino de Tracia en el Quersoneso. Es precisamente aquí en donde se enfrenta, en sus discursos, por primera vez, con ese gran personaje que estaba destinado a cambiar por completo a la *polis* griega. Filipo de Macedonia, pues afirma: "Conocéis a Filipo, varones atenienses, ése, el macedonio: sin duda que le acarrea mayor utilidad el recibir seguros los ingresos de toda Macedonia, que no con peligro los de Anfípolis; y que es para él preferible teneros por amigos, siéndole desde sus progenitores, que no a los tésalos que expulsaron a su padre" (*Contra Aristócr.*, III).

Ante la amenaza de que Filipo tomara los Dardanelos, porque desde este punto era lógico un avance sobre Atenas, Demóstenes cambió por completo su actitud pasiva, de contemplación, ante la necesidad urgente de activar las mentes de sus conciudadanos, de informar, de prevenir toda aquella amenaza. Ahora, no están en juego los intereses futuros de Atenas, sino que hay que tener en cuenta los intereses de Filipo, que como un tirano acabará con las aspiraciones atenienses de preponderancia. Así lo señala claramente en las *Olintiacas*. El estado se halla en peligro, y de allí nace la urgencia de educar al pueblo en un nuevo espíritu. De esta nueva necesidad, surgen las *Filípicas*, que van dirigidas contra el mismo adversario y con el propósito de educar al pueblo. Para Jaeger, Demóstenes había estado hasta estos momentos, año 351, en el bando de las clases opulentas, pero precisamente aquí es donde da un giro hacia el partido democrático, al ocuparse del ciudadano. Del mismo autor, es la siguiente afirmación: "La decisión de luchar, en los pueblos gobernados democráticamente, no obedece a las órdenes del gobierno, sino que debe salir del interior de cada ciudadano, pues todos ellos toman parte en la decisión" (*Paideia*, pág. 1094). Aquí es donde nace la concepción de "agitador", que algunos autores atribuyen a Demóstenes. "Agitador", en cuanto que informa a las masas para que éstas tomen sus propias decisiones, y no sea él una especie de dictador

que señala los caminos a seguir. Ya no utiliza un lenguaje demagógico, como lo hiciera en sus primeros discursos: utiliza un lenguaje propio del pueblo, formado o tomado del trato con él, con los mismos sentimientos y aspiraciones comunes y sociales. La erudición respecto a Solón y a Poricles es más clara ahora, pues como un verdadero educador, trata de profundizar en aspectos psicológicos y morales del simple ciudadano.

Después de los rotundos fracasos en las *Olinthiacas* y de que la *polis* de Olinto cae en manos de Filipo, Demóstenes estudia los acontecimientos conocidos por muchos de sus contemporáneos y concluye, con gran pesimismo, que Macedonia posee un enorme poderío militar, y trata de ganar tiempo. Con tal propósito, instiga a sus conciudadanos a concertar la paz que se hacía necesaria, y pronuncia su discurso *Sobre la paz*, pues como es claro, a Filipo le convenía la guerra porque toda Grecia estaba desprevenida.

Con su *Filípica III*, en el año 341, Demóstenes se convirtió en uno de los paladines de la causa del panhelenismo, como también Isócrates lo era. El hecho increíble de conseguir, de unir a la mayor parte de los griegos bajo esta bandera, es el clímax, la sublimación y el punto culminante de la vida de Demóstenes, pues se convierte no sólo en el estadista popular de Atenas, sino de toda Grecia, y consigue lo que nadie antes había conseguido: la

plena unificación de los griegos.

Enfrentar los problemas específicos del ámbito internacional, es un reto para Demóstenes, quien trata de recordar cómo actuaron sus antepasados ante circunstancias semejantes, y sobre todo, cómo hubieran actuado hombres de la talla de Pericles y Solón.

Filipo no es una amenaza real de la libertad griega, sino un obstáculo para la grandeza de la *polis* ateniense, y a la vez, representa un buen pretexto para la unificación de Grecia, cuyo líder sería la propia ciudad de Atenas, para regresar a los años de gloria. Nada resulta más benéfico que el aparejar trirremes, y la buena disposición de ánimo para embarcarse y transportar caballería y hacer incursiones repentinas contra Filipo, en cualquier lugar (F.É. I, 17 y 18). Por eso sigue hostigando a Filipo en sus discursos, pues afirma: "Además, varones atenienses, digo que hay que tener a la mano una fuerza que constantemente hostigue y dañe a Filipo" (F.É. I, 19). Porque, señala, él no se detendrá en su carrera, si alguien no lo detiene" (F.É. I, 43).

Demóstenes actúa en condiciones perfectamente definidas y sus consejos o advertencias dependen de lo que sucede en cada momento, pues con palpable odio argumenta:

"Por su propio peso ha venido a resultar la situación que vosotros tanto susurrabais ser necesaria: que los olintios declarasen la guerra a Filippo. Y ha resultado en las circunstancias que más podían favoreceros. Porque si hubieran emprendido la guerra por persuasiones vuestras, tal vez nos habrían sido luego aliados inseguros y que sólo con ciertas reservas reconocieran la alianza. Ahora en cambio, cuando aborrecen a Filippo por los daños que les ha causado, sin duda que perseverarán más firmemente en la enemistad contra él. Y con razón por cierto, a causa de lo que temen y de lo que ya experimentaron (*Or.* I, 7).

La política de Demóstenes, con respecto a Macedonia, es la de menospreciar en un principio al "bárbaro" Filippo y a los macedonios, pues se pregunta: "¿Es posible que un bárbaro pueda más que toda la cultura ateniense?" Pero observando que en breve tiempo Filippo se podría atrever a salir de sus fronteras y a invadir ciudades cercanas, Demóstenes se empieza a percatar del peligro que representa el Macedonio. Por eso, en forma constante, señala estrategias a seguir para que Filippo no invada el Ática, como se puede constatar en: (*Fil.* I, 17, 18 y 19; *Fil.* II, 3; *Fil.* III, 51; *Sobre el Quers.*, 18, etcétera). Además de que Filippo es un "bárbaro", afirma que es un irreconciliable enemigo de las instituciones democráticas, como se lee en (*Sobre el Quers.*, 43), pues afirma "¡Por Zeus! ¡la dis-

yuntiva ya no está en nuestra mano! ¡ya no nos queda sino optar por lo único justo y necesario en este negocio! ¿Qué es eso? Lo que éstos omiten a sabiendas. El defendernos de quien primero nos ataca. A no ser que, ¡por Zeus!, alguien que Filipo ni nos hace injusticia ni nos ataca porque aún no se encuentra en el Ática o el Pireo" (*Sobre el Quers.*, 7).

En conclusión, la política hacia Macedonia se reduce al propósito de que Filipo no llegue a invadir Ática, pues dice: "¿No os parece más ventajoso salirle al encuentro y tenerlo allá enredado, lejos de nuestros confines, a tener que hacerle frente a las puertas mismas de la ciudad y de nuestras casas?" (*Sobre el Quers.*, 18), y agrega: "Lo que conviene es precavernos cuanto antes sea posible, activamente, mediante los preparativos oportunos, procurando que Filipo no se pueda mover de su país: y no luchar cuerpo a cuerpo ferozmente" (*Fil.* III, 51).

La política a seguir con Esparta, se reduce a una simple especulación, sin ningún peligro de romper el equilibrio de hegemonía entre los griegos, pues señala "Quiero pasar por alto diversas cosas que pudiera decir. Pero fijaos en una: cómo en realidad nos encontramos sin rivales, puesto que los lacedemonios están abatidos, los tebanos enredados en graves peligros y así nadie es capaz de

disputarnos la hegemonía; y podemos libremente guardar --
nuestras posesiones con toda seguridad y aun salir a la de-
fensa de los derechos ajenos. Y sin embargo, aquí estamos
con parte de nuestro territorio perdido" (OL. III, 27). To-
do esto sucedía en torno al año 350, a.C.

CAPÍTULO TERCERO

ANÁLISIS DE LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DE DEMÓSTENES

Como parte final del presente trabajo, me referiré a la evolución política de Demóstenes. Para ello analizaré, aunque sea brevemente, las etapas por las que atravesó nuestro autor, a lo largo de su trayectoria como orador. En concreto, hablaré del logógrafo, del "agitador", del nacionalista, del educador del pueblo y de la trascendencia del pensamiento político en Demóstenes, en otros tantos apartados de este último capítulo de mi tesina.

1. El logógrafo

La oratoria era, en aquella época, no sólo un instrumento utilizado por demagogos, exhibicionistas con intereses personales -muchos sin importancia-, sino también un instrumento útil en la educación, información y defensa de los ciudadanos.

En un principio, nuestro autor utilizó la oratoria en defensa propia, pues su principal objetivo fue el de recuperar el poder económico que había perdido su familia; en efecto, a esta etapa pertenecen los siguientes discursos: *Contra Agobos* I, II y III.

Su primer giro en la oratoria, se dio como resultado de sus grandes experiencias en los asuntos legales y jurídicos. Por ello, se dedicó a tratar los problemas de los ciudadanos ante los tribunales, asuntos que no solamente eran privados, sino también públicos. El tema de cada discurso es diferente; en el fondo, todos hablan del problema de la justicia, no siempre a favor propio, ya que anteriormente aclaramos cuál era la ocupación del logógrafo y a qué fines servía.

Poco a poco, Demóstenes utiliza la oratoria en defensa de un ideal: la conservación de la libertad y de la democracia ateniense. Nuestro autor se proyecta a sí mismo, en sus discursos, como un paladín político que trata de llevar a sus conciudadanos al establecimiento de una sólida *polis* ateniense, en la cual buscará la hegemonía sobre toda Ática y sobre todos los estados helenos, para lanzarla, finalmente, hacia una cruzada panhelénica, que sirva de defensa y fortaleza de la propia *polis* democrático-esclavista. Para llegar a esto, vamos a seguir otros giros, no sin antes mencionar algunos discursos, a manera de ejemplo, en su etapa de logógrafo: *Contra Onetor I y II*, *Contra Comón*, *Contra Aristócrates*, *Contra Tímocrates*, etcétera.

2. El "agitador"

Después de haber adquirido experiencia, tanto en la

oratoria como en asuntos jurídicos, Demóstenes realiza un segundo giro: se dedica a la jefatura en las asambleas (*orador o rhetor*), y pasa a ser uno más de los llamados hom bres demagogos o patrioteros. Se transforma, pues, en un personaje "agitador" de las masas, etapa en la cual, según algunos autores como Jaeger, Demóstenes no ha sido bien com prendido, pues mucho se ha criticado su inestabilidad.

Con el fin de comprenderlo mejor, trataremos de acercarnos a sus verdaderos objetivos en esta etapa de su carrera, para lo cual hemos dividido este apartado en tres etapas.

2.1 Primera fase

En sus primeros discursos, ya encontramos vestigios de lo que sería más importante en los restantes programas de su oratoria: el pueblo democrático de Atenas tiene gran madurez política, pero enfrenta muchos problemas; por eso, asume el papel de patriotero y recurre a hechos heroicos de los antepasados (*Contra Lept.*, §2). En los discursos posteriores, cuando se mete de lleno a cuestiones políticas, trata de agitar al pueblo para conseguir su objetivo más general: la grandeza de Atenas, como en los siglos de oro de Pericles. Él, simplemente dice: "Han transcurrido ya muchos años y ningún otro pueblo ha sido capaz de presen

tar hazañas mayores que las que aquéllos realizaron" (*Sobre los Sim.*, 1); del mismo modo, en *Contra Aristócr.*, 196; *Contra Timócr.*, 211, etcétera. Recurre a lo que le puede interesar al pueblo y ser escuchado: los bienes materiales, el estómago, el bien vivir, etcétera, (*Sobre las Sim.* 26). También utiliza el bien de la ciudad como recurso para ser escuchado y atendido (*En fav. de los Megal.* 23). En esta fase, pensaba en una potencia marítima no imperialista, que asegurara vías de comunicación a diversas partes del mediterráneo, como aquellos lugares que abastecían de cereales y ganado, además de otras materias primas, a los atenienses (Melesponto, Anfípolis y Bizancio); sin embargo, Filipo fue la causa de que este plan no se cumpliera. A esta fase pertenecen, entre otros, los siguientes discursos: *Sobre las Simorlas*, *Contra Androcio*, *Sobre la corona de los Triararcas*, etcétera.

2.2 Segunda fase

En el discurso *en defensa de la libertad de los radio*, Demóstenes recurre a la democracia. Nos da la impresión de que la utiliza como un nuevo instrumento, pues parece ser que ese era el único camino que podía garantizarle él que su voz fuera escuchada. Aunque nuestro autor pertenecía a la aristocracia, en el fondo era un demócrata, pues así lo atestiguan él mismo: "Es que nadie pelea con el mismo

vigor por motivos ambiciosos que por defender lo suyo; sino que todos pelean agotando sus energías, cuando algo se les quita" (En fav. de los Rod., 1). También señala que son las circunstancias las que lo obligan a actuar de cierta manera (Of. I, 1 y 23). Reflexiona a partir de lo que está viviendo, pues en las mismas *Ólululacas Demóstenes* todavía pregona -- con gran entusiasmo la intervención en tierras lejanas, pero sin ver aún el inminente peligro que significa Filipo, aunque incita al pueblo contra éste, como simple pretexto. -- Siempre sus ataques van dirigidos contra el Macedonio: -- "Pero si Filipo se apodera de aquella región, ¿quién le impedirá llegar luego hasta acá? (Of. I, 25), y agrega que se deberían aprovechar las circunstancias contra Filipo (Of. II, 2 y en *Fil.*, I, 12). También dice: "¿Cuándo haréis lo que conviene, si ahora no lo hacéis? ¿Acaso ese hombre no se ha apoderado de todas nuestras posesiones?" (Of. III, 16).

En su discurso *Sobre los asuntos del Queroneo*, expone que el deber del buen ciudadano es ser útil a la patria y a los amigos, así como amar y aborrecer a aquellos a quienes aman o aborrecen a la patria (Por la Cor., 257). Por eso dice que si los ciudadanos desean el bien de la patria, tienen la obligación de escucharlo, porque algunas cosas podrán mejorar en la situación presente, sólo con sus consejos (Por la paz., 3), afirma: "¡El buen ciudadano ha de fijar sus miras y poner todo su empeño en el esplendor y acrecentamiento de su ciudad!" (*Sobre el Quere.*, 72).

Otra preocupación fue, precisamente, prevenir a los atenienses del personaje contra el que iban dirigidos los anteriores ataques, Filipo, y acabar con él y su influencia en la parte norte de Grecia. Con miras a este objetivo, en sus discursos denuncia la apatía del pueblo en los asuntos políticos, sobre todo la de las clases altas. Les habla sobre la incompatibilidad de la monarquía (Macedonia) y de la democracia (Atenas); les recuerda las glorias pasadas de la antigua Atenas; denuncia la corrupción de los políticos.

Si el pueblo ya estaba convencido de que debía enfrentarse a Filipo, gracias a la persuasión de los discursos de Demóstenes, éste mismo detiene tal ímpetu, y da otro giro urgente: el convenio de paz con Filipo, porque el Macedonio se apodera, en el año 346, de Eubea, y amenaza a Atenas. En el año 345, Demóstenes dedica su atención a la marina y al ejército y puede comenzar, lentamente, los preparativos para una guerra decisiva contra Filipo.

2.3 Tercera fase

En esta nueva etapa, Demóstenes trata de hacer la paz con Filipo, porque éste ha sorprendido a todos con su rapidez diplomática y militar. Las potencias griegas no estaban preparadas ante este sorpresivo avance macedónico. Después de que Filipo apoyó a Tebas y venció a los focenses, se llegó a temer que podría imponer condiciones a los atenienses. Demóstenes, pues, propone un tratado de paz con Filipo.

Para ello, vuelve a utilizar antiguos conceptos que ya había utilizado en las *Olímpicas*, pues dice: "En el momento presente, yo me persuado de que lo primero es, y nos basta con eso, deliberar cómo salvaremos a nuestros aliados" (*Ol. III*, 2). Trata de atemorizar a los atenienses, cuando dice que Filipo invadirá Ática (*Ol. III*, 8) y menciona la gloria de los antepasados que tenían fijo siempre el pensamiento en la grandeza de la ciudad (*Ol. III*, 26).

3. El nacionalista

En las *Filípicas*, encontramos al Demóstenes democrático, empeñado en convencer al pueblo para que se interese en la política y consiga así sus objetivos, pues afirma: "¡Aun en el caso de que él muriera, al punto, con vuestro descuido en los negocios, os crearías otro Filipo!" (*Fil. I*, 11). Lo mismo señala en las *Olímpicas*. En este aspecto, encontramos al "agitador" que va a sacrificar su vida, recursos económicos, comodidad, sin ningún interés personal, así como lo habían hecho los antiguos héroes.

Demóstenes da de nuevo otro giro y hace ver que el tratado de paz con Filipo resulta contraproducente, ya que Atenas estaba aislándose; por lo tanto, se propuso prevenir a los atenienses y, lo que es más importante, también a otros estados, muchos de ellos a favor de Filipo, exponiéndoles el peligro que representaba la hegemonía y la supremacía del macedonio en toda la Hélade, si triunfaba en su afán

imperialista. Trataba pues de contrarrestarlo, buscando una alianza con otras ciudades y aun, lo que le costaría se veras críticas a través de la historia, una atrevida alianza con el rey persa. Pero, todo se perdió en la batalla de Queronea, en el año 338 antes de nuestra era.

Es este último giro el que llama fuertemente nuestra atención, por los valores humanos en él contenidos. Si nuestros "idealistas" nacionales han luchado por valores como la patria, la familia o la religión, Demóstenes es un idealista universal que luchó por un concepto más amplio, la libertad, sinónimo de democracia para los griegos. Y así, vemos a la ciudad de Atenas como la protectora de los ideales democráticos, de la cultura y del humanismo incipiente. Demóstenes es un ateniense. No tiene la angustia de perderlo todo, sino la preocupación de no dejar nada. Ante el valor de nuestro personaje, los espíritus más retrógrados tienen que sorprenderse y admirarse, ya que los valores humanos y universales mucho le deben. Los griegos siguen viviendo, porque creían en la dignidad humana, porque sentían un gozo por vivir la realidad, porque admiraban la belleza natural, sin descartar al propio hombre.

Por otra parte, Filipo, según Demóstenes, está lleno de ambiciones, no sólo en torno a su persona, sino también en torno a la gloria de Macedonia. Su política no descansa en bases morales sólidas, por lo que no se le augura una

gran estabilidad; tiene envidia y siente admiración por la cultura ateniense; trata de asimilar su cultura. Para lograrlo, a nuestro juicio, contrata al gran filósofo Aristóteles para que eduque a su hijo Alejandro. Según Demóstenes, Filipo pretendía poseer la propia cultura ateniense, mediante la conquista de Atenas.

Sin embargo, hubo un enemigo que se lo impediría: la democracia y, su principal defensor, Demóstenes. Filipo se lo debe todo a la oligarquía, pues las *poleis* griegas oligarcas lo ayudaron. Tal vez si Atenas hubiera estado regida por la oligarquía, Filipo sólo hubiera intercambiado con ella beneficios e intereses recíprocos. Por ello, Filipo, más que conquistar a la *polis* ateniense para aniquilarla, desea terminar con la democracia.

Las variaciones de tono entre las *Filípicas primera, segunda, tercera y cuarta*, radican en que las circunstancias externas presionaron para que Atenas actuara de diferente manera.

En la *Filípica primera*, las ideas de Demóstenes son simples y contundentes. Aquí es donde empieza, para W. Jaeger (*Demóstenes*, pág. 149 ss), su labor para educar al pueblo, y nosotros coincidimos con dicho autor. En efecto, aconseja estar prevenidos, tanto financiera como militarmente, contra los próximos ataques de Filipo; o simplemente,

para hacer resurgir a la *polis* ateniense. Se propone orientar al pueblo indeciso, frente al peligro de Macedonia.

En la *Filípica segunda*, trata de promover la desconfianza contra Filipo. Combate a aquellos oradores que no le explican bien al pueblo las verdaderas intenciones de Filipo. Atenas, para Demóstenes, era el único adversario que tenía el Macedonio en toda Grecia, aunque nosotros no compartimos esta opinión de nuestro autor.

La *Filípica tercera* surge en un tiempo de gran zozobro para los atenienses. No se trata únicamente de ayudar a los aliados; ahora hay que salvar a toda Grecia. Insta para que se manden embajadores a todas las *poleis* griegas, y las exhorta a unirse contra Filipo.

En la *Filípica primera y segunda*, era el político práctico, exponente de los intereses de sus conciudadanos atenienses, el que tenía que mantener el equilibrio de poder entre los helenos. Pero ahora, en la *Filípica tercera*, presenta una lucha para la completa unificación nacional, labor que ningún griego había concebido y que estaba muy lejos del ideal de Isócrates, quien mantenía el programa original de unificación panhelénica, en una expedición contra Persia, elaborado en el *Panegíricus*.

En la *Filípica cuarta*, Demóstenes presenta la posibilidad de una alianza con el rey de Persia, porque Filipo, tar

de o temprano, atacaría esta ciudad. Exige que se impongan sacrificios, tanto a la clase poseedora, como a la clase desposeída; ya no hay recriminaciones políticas al respecto.

El plan de lucha que propone Demóstenes para conseguir la unificación nacional, está contenido en la *Tercera Filípica*: propone alianzas, sugiere derrotar a los simpatizadores de Filipo en determinadas *poleis*, pide que las *poleis* no cooperaran con Filipo, propone enviar embajadas, labor que realizó él mismo, etcétera. Pero más que por estas iniciativas, el movimiento nacionalista triunfó, por primera vez, gracias a la elocuencia de Demóstenes.

4. El educador del pueblo

Demóstenes, como educador del pueblo, muestra el reflejo de la filosofía sofística cuyas corrientes proponían fundamentalmente, para la formación del ciudadano, la educación, en la que no interesa el saber por el saber, sino el saber para el actuar. En esto se basó Demóstenes como buen alumno de esa corriente sofística. No es, con todo, el maestro que solamente convence y domina a la masa; como todos los oradores, coloca a ésta en un plano en el que pueda ver, saber y comprender, el asunto que intenta demostrar.

Los atenienses serían capaces de afrontar los peligros, si tenían pleno conocimiento de ellos. Por eso, la actitud

de Demóstenes es la de ganarse la confianza del pueblo y convertirse en su educador. Escribe y pronuncia, para ello, aquellos discursos donde la figura central es Filipo, personaje clave para solucionar el problema nacionalista. Trata, por ello, de cambiar el alma del pueblo mismo. La educación del pueblo está contenida en las *Filippicas*, las cuales, sin duda, nos muestran a Demóstenes como un pedagogo.

Demóstenes luchó por el último ideal, la libertad de su pueblo; con él, se truncan los ideales griegos. Muere Atenas, y con ella la práctica directa de la democracia. Pero la pérdida más grande para la época, sufrida por causa del sistema macedónico, fue la de las ideas más radicales de la sofística, que hoy están en boga y que seguirán vivas siempre: la igualdad de todos los hombres, el reclamo por un gobierno popular. Esto ya lo habían experimentado los griegos: la sofística crea instrumentos para lograr la participación de todos los miembros de la sociedad en la política; la sofística es el resultado no de una época determinada, sino de los ideales de la cultura griega.

Estos ideales, menoscabados por los reyes macedónicos, surgieron bajo otros puntos de vista en la época helenística. Así, el genio griego, alimenta a la humanidad.

5. Trascendencia del pensamiento político de Demóstenes.

El mundo helenístico nace con la conquista de Alejandro Magno. Con la caída de la polis griega y su último baluarte, Demóstenes, el mundo enigmático del oriente se mezcló con el fascinante mundo griego, mezcla que se extendió por todo el imperio macedónico. Las ciencias y las artes de los griegos fueron requeridas en todo el orbe conocido; los griegos se lanzaron a la conquista y quedaron como dominadores y enseñaron a nuevos alumnos ávidos de conocimientos. Así, los pueblos conquistados querían ir a Grecia, sobré todo a conocer y estudiar todo lo relacionado con Atenas; querían admirarla, conocerla, vivirla y extasiarse con todo lo ateniense y con todo lo helénico. A todo este mundo revolucionario, se le llamó mundo helenístico. Demóstenes siempre tuvo una gran estimación, pero su gloria máxima comienza a partir del siglo XIX, cuando cobra interés precisamente esta etapa de la humanidad. Demóstenes fue, pues, el baluarte de la democracia ateniense contra la oligarquía o monarquía de Alejandro Magno, personaje que finalmente emerge como el difusor de la cultura griega, pero sin su democracia.

La relación con Oriente y con Egipto sorprendió a la religión griega que estaba en una fase de crisis y debilidad. Esto, sin duda, mucho tiene que ver con el pensamiento de Demóstenes, pues la religión griega fue de hecho el

fundamento del espíritu político griego (Cf. Fustel de Coulanges. *La Ciudad antigua*), que aunque ya estuviera en decadencia, había dejado profunda huella. La religión tradicional declinaba ante ciertas doctrinas como el epicurismo y el escepticismo, entre otras. A muchas divinidades bárbaras se les atribuyen nombres griegos, que, sin embargo, continuaron siendo lo que eran antes: dioses anatólios, sirios, fenicios, persas y egipcios. En la religiosidad oriental, los griegos encontraron religiones esotéricas como el culto a Atis, Osiris y Mitra, que se mezclaron con los cultos eleusinos.

El sincretismo de la religiosidad oriental con las religiones nacionales de los griegos, trajo como consecuencia nuevas filosofías: astrología, aristotetismo, epicurismo, estoicismo, neoplatonismo, etcétera. También ellas responden al deseo del individuo de encontrar en alguna parte un motivo de consuelo y de paz moral, así como de investigar cuál es la naturaleza de los dioses y sus influencias sobre el destino de los hombres, y qué relación es útil que éstos establezcan con aquéllos.

Estas son, entre otras muchas, algunas de las aportaciones del pensamiento político de Demóstenes a la cultura de su tiempo, fundamento de la cultura occidental, y por ende, de la nuestra.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, Charles Darwin. *Demóstenes y su influencia*, Trad. de Luis Farré, Ed. Nova, Buenos Aires, 1946.
- ALSINA, José. *Literatura griega, contenido, problemas y métodos*, Ed. Ariel, Barcelona, 1967.
- ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea*, Trad. y notas de Antonio Gómez Robledo, Ed. Porrúa, México, D.F., 1982.
- BAYET, Jean. *Literatura latina*, Trad. de Andrés Espinosa Alarcón, Ed. Ariel, Barcelona, 1972.
- BURCKHARDT, Jacob. *Historia de la Literatura griega*, Trad. de Eugenio Imaz, III tomo, Ed. Iberia, Madrid, 1936.
- CANTARELLA R. *La literatura griega*, Trad. de Antonio Camarero, Ed. Losada, Buenos Aires, 1967.
- COULANGES, Fustel de. *La ciudad antigua*, Trad. de José Manuel Villaluz, Ed. Porrúa, México, 1983.
- CHAVOLLA CONTRERAS, Guillermo. *La sofística, tesis conciliatoria*, U.N.A.M., México, 1961.
- DEMOSTENES. *Antología de discursos*, Ed. Espusa-Calpe, S.A., México, 1957.
- Discursos*, Estudio de Francisco Montes de Oca, Ed. Porrúa, México, 1975.
- FINLEY, Moses I. *Aspectos de la antigüedad*, Trad. de Antonio Pérez Ramos, Ed. Ariel, Barcelona, 1975.

- El mundo de Odiseo*, Trad. de Mateo Hernández Barroso, Ed. F.C.E., México, 1984.
- Vieja y nueva democracia*, Trad. de Antonio Pérez Ramos, Ed. Ariel, Barcelona, 1980.
- GLOTZ, Gustavo. *La ciudad griega*, Trad. de Joaquín Xirau Palau, Ed. UTEHA, México, 1959.
- JAEGER, Werner Wilhem. *Demóstenes, la agonía de Grecia*, Trad. de Eduardo Nicol, Ed. F.C.E., México, 1976.
- Paidea, los ideales de la cultura griega*, Trad. de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces, Ed. F.C.E., México, 1962.
- KNAUSS, Bernhard. *La polis, individuo y estado en la Grecia antigua*, Trad. de Felipe González Vicen, Ed. Aguilar, Madrid, 1979.
- MENDIETA ALATORRE, Angeles. *Métodos de investigación y manual académico*, Ed. Porrúa, México, 1973.
- MOSSE, Claude. *Historia de una democracia: Atenas*, Trad. de Juan M. Azpitarte Almagro, Ed. Akal, Madrid, 1981.
- PLUTARCO. *Vidas paralelas*, Trad. de A. Ranz Romanillos, Ed. Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1957.
- RAMÍREZ TORRES, Rafael. *Demóstenes, vida y obra*, Ed. Jus, México, 1961.
- SCULLARD H., H. *Panorama del mundo Clásico*, Trad. de Luis Gil, Ed. Guadarrama, Madrid, 1967.